

CÓMO LA TIPOLOGÍA AFECTA LA ESTRUCTURA ECLESIAÍSTICA

En el debate actual sobre la ordenación de la mujer

Dr. Alberto R. Treiyer

www.adventistdistinctivemessages.com

Septiembre, 2012

La manera en que las iglesias cristianas interpretan la tipología de los servicios del antiguo santuario de Israel en la nueva dispensación de la iglesia, es responsable en gran medida de la estructura eclesiástica que desarrollan. La discusión actual sobre la ordenación de la mujer no escapa a ese problema. Sólo una tipología correcta entre los dos sistemas de culto, el antiguo y el nuevo, puede librar a la iglesia cristiana de caer en cualquiera de los dos extremos organizativos eclesiásticos. Por un lado está el sistema jerárquico romano con una cabeza visible que es el papa, y por el otro la tendencia al congregacionalismo de las iglesias protestantes y evangélicas que tienden a no querer sujetarse a ninguna cabeza ni ley.

Para poder entender mejor el problema que encontramos en el cristianismo en relación con la estructura eclesiástica y el papel de la mujer en esa estructura, será bueno considerar primero, en forma sencilla y gráfica, los diferentes enfoques tipológicos que ofrecen las iglesias entre el culto antiguo y el nuevo. La correcta correspondencia entre los dos sistemas de culto es necesaria para poder percibir la unidad de los dos pactos, y evitar caer en toda suerte de dispensacionalismos en los que desembocan los Protestantes y Evangélicos.

Iglesia Católica Romana

Sistema de culto antiguo	Nuevo sistema de culto
Templo terrenal de Israel	Iglesia Católica Romana (proyección eclesiástica)
El sacerdocio de Aarón	El sacerdocio clerical romano y la intercesión de vírgenes y santos
Sacrificio de animales	Sacrificio de la misa
El sacerdocio de todos los israelitas	El sacerdocio de todos los laicos (véase la nota)

Nota: El sacerdocio de todos los laicos depende del sacerdocio jerárquico que diferencia entre el clero y el laicado. Cristo, la cabeza de la Iglesia según la Biblia (Ef 1:22-23), es suplantado por el papa como cabeza visible de la iglesia. La intercesión terrenal ocupa en forma impostora el lugar de la intercesión celestial del Hijo de Dios (véase Heb 7:25; 1 Tim 2:5-6). Algo semejante puede decirse de la presunta intercesión de santos y vírgenes que es pagana, no bíblica.

Iglesias Protestantes y Evangélicas

Sistema de culto antiguo	Nuevo sistema de culto
Templo terrenal de Israel	La iglesia o Cristo mismo (interpretaciones eclesiológicas o cristológicas)
El sacerdocio de Aarón	El sacerdocio de todos los creyentes (véase nota)
Sacrificios de animales	El sacrificio de Cristo y los sacrificios espirituales de todos los creyentes

Nota: El sacerdocio de todos los creyentes no depende de ningún sacerdocio jerárquico. Cristo en su templo celestial, la cabeza del cuerpo que es la Iglesia, si no es decapitado, se lo espiritualiza sin una correspondencia real entre el ritual simbólico antiguo y su intercesión celestial.

Tendencia a no depender de nadie. Todos pueden ser cabezas o líderes, aún mujeres y en casos extremos, homosexuales y lesbianas. La antigua comparecencia Aarónica dentro del templo terrenal está ahora al alcance de cualquiera en el nuevo templo, sin importar el sexo o la condición social.

La dislocación y aún negación tipológica entre los dos cultos los hace presa más fácil del dispensacionalismo moderno que niega la correspondencia entre los dos pactos, el de Israel y el de la Iglesia, y justifica el rompimiento del único pacto aceptado por Dios mediante argumentos culturales.

El rechazo virtual o abierto de Cristo como cabeza de la Iglesia en su templo del cielo los hace más vulnerables a la estructura eclesiástica católica que cuenta con una cohesión que los protestantes no tienen. Por rechazar el ministerio de Cristo en el santuario celestial, se exponen a caer presa de una cabeza terrenal para el liderazgo cristiano.

Iglesia Adventista (posición bíblica)

Sistema de culto antiguo	Nuevo sistema de culto
Templo terrenal	Templo celestial
El sacerdocio de Aarón	El sacerdocio de Cristo
Sacrificios de animales	Único sacrificio de Cristo, no repetible, ofrecido cerca de 2.000 años atrás
El sacerdocio del pueblo de Israel	El sacerdocio de la iglesia (Nuevo Israel)
Comparecencia espiritual de los israelitas dentro del templo terrenal	Comparecencia espiritual de la iglesia dentro del templo celestial

En el sacerdocio de toda la iglesia, el Nuevo Testamento sigue la estructura social que viene del Antiguo Testamento, y que tiene como base la familia con el hombre como su cabeza y sacerdote espiritual. El liderazgo del hombre en su hogar se extiende a su liderazgo sobre el clan, tribu, y pueblo en general (todo Israel). En el NT tal liderazgo del hombre como cabeza de su familia se extiende también al liderazgo espiritual de la iglesia como obispo o anciano. En ambos testamentos, la cabeza principal es Dios.

El hombre como cabeza de la mujer, Cristo como cabeza del hombre y de ambos, y Dios como Cabeza de Cristo está claramente expresado en el NT (Ef 5; 1 Cor 11:3). El sexo no es opcional en la determinación del liderazgo pastoral. [Una brecha a este enfoque bíblico se abrió en el Congreso de la Asociación General que tuvo lugar en Nueva Orleans, en 1985, donde se decidió ordenar al cargo de anciano a mujeres, sin apoyo bíblico, cuando la mayoría de los delegados estaba de compras].

La tendencia en algunos adventistas a rechazar la tipología del santuario por seguir moldes protestantes y evangélicos, los expone a querer ordenar mujeres al ministerio pastoral, y al congregacionalismo y, finalmente, a rechazar la cabeza que es Cristo. La última consecuencia es que, mal de su agrado, quedarán atrapados por la fascinación de una cabeza terrenal, el anticristo, como la suplantación perfecta de Aquel a quien han rechazado en su intercesión celestial.

Vulnerabilidad protestante múltiple

La agenda feminista que busca la igualdad entre la mujer y el hombre, y niega o debilita la complementación de sexo, penetró primeramente en las iglesias protestantes liberales en la década de

1950, y poco más tarde en las iglesias evangélicas que se volvieron liberales bajo el movimiento feminista en la década de 1970 y 1980. ¿Por qué? Porque *su enfoque dispensacionalista* de los dos pactos *las hizo más vulnerables al congregacionalismo y al carismatismo*.

Al pretender que ahora todos podemos hacer, sin distinción de género, lo que en el viejo orden sólo Aarón y sus hijos podían hacer dentro del templo, el orden social divinamente trazado se rompe fácil. Con un enfoque tal, cada cual tiende a querer depender directamente de Dios, sin tener en cuenta o importarle las autoridades eclesiásticas. Esto los hace desembocar más fácilmente en el *congregacionalismo* (independencia de toda organización central). De allí también que el *carismatismo* comenzó con ellos. Porque mediante los presuntos dones divinos que ofrecen (milagros, prodigios, sensaciones), pasan con más facilidad por encima de todo orden social y eclesiástico.

Por supuesto, tenemos que ir directamente a Dios para pedirle su dirección. Pero seamos cuidadosos, porque Dios puede responder nuestra petición también mediante las autoridades designadas que puso en la iglesia. Esto es lo que debió aprender el apóstol Pablo cuando sus oraciones fueron respondidas en Damasco por un líder de la iglesia cristiana de entonces (Hech 9:10-19).

Es cierto que el apóstol Pablo afirmó que, en relación con la salvación, todos somos iguales en ser, valor e importancia, aunque no necesariamente en el papel eclesiástico que debemos cumplir. Él sufrió más que nadie la discriminación racial que hacían los judíos para con gente de otra raza, porque fue llamado por Dios para ser apóstol de los gentiles. Para los judíos, las promesas divinas no les competían a otros que no fuesen ellos mismos (Hech 10:34). Y una vez convertidos los gentiles, tendían los judíos a descuidar sus necesidades y buscaban mantenerse distantes de ellos (Gál 2). Por eso el apóstol Pablo dijo que “no hay judío, ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer”, “porque todos” somos “uno en Cristo” (Gál 3:28). Otra cosa es requerir una igualdad de género para los cargos eclesiásticos. Porque la Biblia respetó siempre el orden social que viene de la misma creación, con el hombre como cabeza y líder de su familia y de la comunidad. Esto es algo que trasciende toda raza y cultura.

Autores protestantes conservadores

Tengamos en mente que estamos hablando de tendencias protestantes, de vulnerabilidad. Porque también hay gente conservadora entre los evangélicos que capta que no sólo no hay fundamentación bíblica para la ordenación al ministerio pastoral sin distinción de género, sino que, por el contrario, su no distinción rompe el tejido social que Dios determinó en el Edén. Esos autores conservadores advierten también sobre las consecuencias del rompimiento de ese orden social divino, con una documentación histórica considerable por el hecho de que el problema comenzó en ellos hace varias décadas atrás. Pero al no contar con una orientación teológica y tipológica adecuada sobre la unidad de los dos pactos, les es más difícil frenar una tendencia que ha llevado y continúa llevando a muchos hasta a ordenar homosexuales y lesbianas. [Véase en especial, Wayne Grudem, *Evangelical Feminism. A New Path to Liberalism?* (2006).

Las estadísticas que estos autores evangélicos conservadores nos traen revelan varias cosas:

1) La presión por la ordenación al ministerio pastoral de la mujer viene de afuera (no nace en la Iglesia Adventista del Séptimo Día).

2) Las iglesias evangélicas que ordenan mujeres se volvieron liberales en su interpretación de la Biblia. Aún los que permanecen conservadores en otros puntos, preparan el camino para la aparición de una segunda generación que aplica esos principios liberales de interpretación a otros temas doctrinales.

3) Las denominaciones que ordenan mujeres pastoras han bajado continuamente su membresía y sus entradas económicas. En algunos casos, esas iglesias se dividen y se autodestruyen. Por consiguiente, el argumento subjetivo de la “experiencia” como algo aparentemente bueno al principio, no está corroborado por los hechos a medida que el tiempo transcurre. [Podría haber una excepción debatible en los movimientos pentecostales y carismáticos].

En efecto, ¿adoptaríamos la veneración de vírgenes y santos por testimonios aparentemente benditos? Por un tiempo, Dios puede dar su bendición por misericordia, aún cuando no se hacen las cosas bien,

como en el caso de Samsón (Juec 13-16). De esta forma, los argumentos que se basan en la experiencia más bien que en la Palabra de Dios son raramente conclusivos. “Hay caminos que al hombre parecen derechos, pero su fin son caminos de muerte” (Prov 16:25).

4) El rechazo del liderazgo viril en la iglesia lleva al rechazo de la Biblia como siendo normativa en aspectos morales y doctrinales.

5) El paso final en esta tendencia al liberalismo es la aceptación de la homosexualidad como siendo moral, y por consiguiente la ordenación de homosexuales y lesbianas. Tanto la ordenación de las mujeres como la ordenación de los homosexuales recurren a la misma clase de argumentos, en donde se hace decir al texto justamente lo contrario de lo que dice.

Por cómo las iglesias que ordenan mujeres al ministerio pastoral presionan después por la aceptación moral del homosexualismo y su ordenación al ministerio, véase también:

http://www.miapic.com/denominaciones-ordenacion-de-mujeres-y-otros-errores#footnote1_q6gwzu0

Una tendencia a evitar el liderazgo viril lleva a un rechazo de toda clase de autoridad

Tal vez convenga insistir una vez más en que no podemos hablar de un sólo sistema de gobierno en el protestantismo, y de una sola creencia en relación con los dos pactos. De todas maneras, su tendencia al congregacionalismo (gobierno de la iglesia sin una organización central, sin una cabeza general), es reconocida por doquiera, y nace de la comprensión particular protestante del sacerdocio de todos los creyentes. Esa comprensión desprecia virtual o abiertamente la “cabeza” de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote en el templo del cielo, y socaba la autoridad del liderazgo eclesiástico sobre la tierra.

Bajo esta tipología dislocada se pasa por alto también la ley divina que se encuentra en el arca del pacto ante la cual Jesús oficia los méritos de su sacrificio. Porque según ese criterio, todo se cumplió dos mil años atrás, cuando Jesús murió en la cruz. De esta forma, no se prevé una intercesión celestial permanente que los ayude a vencer en la tierra, ni una ley divina o corte investigadora ante la cual tengan que rendir cuentas al final del camino. Y si no tengo que rendir cuentas al cielo sobre lo que hago porque, supuestamente, según el estribillo evangélico de “una vez salvo siempre salvo”, ¿por qué voy a tener que rendir cuentas a las autoridades de una iglesia?

Esta tendencia que se manifiesta, a menudo, inconscientemente en los círculos evangélicos, *también afecta la constitución de la familia* que Dios designó en la creación de este mundo. El hombre como sacerdote y cabeza del hogar es despreciado como tal, más y más, por el resto de la familia. Las mujeres reclaman los mismos derechos que los hombres, aún en la iglesia para presidir la congregación. En mi comprensión, este problema explica, en parte, la razón por la que la unidad de las familias se resquebrajó antes en los países protestantes que en los países católicos. Aunque hoy la corrupción moral ha penetrado todas las sociedades modernas a través del secularismo, en general podía verse años atrás una estabilidad familiar mayor en los países católicos.

Un sacerdocio de todos los creyentes que suplanta al del cielo, esconde el deseo de no tener que vivir bajo el liderazgo del ministerio celestial de Alguien ante “quien debemos dar cuenta” de nuestros actos (Heb 4:13; 9:27; 12:22-24; Apoc 11:18-19; 22:12). Esta independencia implícita produce un cristianismo irresponsable en muchísimas congregaciones protestantes-evangélicas, y las lleva a levantar iglesias e iglesias sin rumbo definido ni dependencia de nadie.

Vulnerabilidad protestante a la eclesiología jerárquica católica

La expresión “sacerdocio de todos los creyentes” no se encuentra en la Biblia. Tampoco la acuñó Lutero, sino sus seguidores, al descubrir como Lutero, que el sacerdocio católico fue un invento posterior y no tiene ningún sustento bíblico. Los protestantes descubrieron, así, que el único sacerdocio que existe en la Iglesia es el del Nuevo Israel, y lo llamaron “sacerdocio de todos los creyentes” para contrastarlo y oponerlo al sacerdocio clerical católico que se impuso en el interior de la iglesia romana. Pero por no descubrir el papel del sacerdocio de Cristo en medio de la iglesia, en medio de ese sacerdocio del Nuevo Israel, terminaron proyectando un enfoque tipológico incompleto y torcido.

En sus conceptos tergiversados del sacerdocio de todos los creyentes, los protestantes se vuelven *vulnerables* no solamente a una *organización eclesiástica congregacionalista*, sino también a la *estructura eclesiástica católica*, porque *ambos reemplazan el sacerdocio celestial de Jesús por un sacerdocio terrenal*. No se dan cuenta que el sacerdocio aarónico se cumple únicamente en el sacerdocio celestial de Jesús y, por consiguiente, lo suplantán por el sacerdocio de todos los creyentes. Así se desprenden de la Cabeza de la Iglesia que es Cristo, y se vuelven incapaces de seguirlo en su ministerio celestial, con todo lo que implica en su dimensión profética y práctica desde la perspectiva eclesiástica.

En efecto, muchos de los argumentos que usan los protestantes y los evangélicos para promover la ordenación de las mujeres son los mismos que emplearon los católicos para ordenar un sacerdocio falso en medio de la iglesia. Los evangélicos igualitarios feministas tanto como los teólogos católicos suelen admitir que en el NT no hay una declaración explícita para ordenar mujeres al ministerio ni para el sacerdocio clerical católico, ni para la veneración de la virgen María y de los santos. Pero así como los católicos basan sus argumentos a favor de un sacerdocio clerical en un silencio presumible de la Biblia sobre el tema, así también por la misma razón los protestantes creen que la Biblia deja abierta una ordenación al ministerio pastoral futuro de mujeres. Ambos pretenden encontrar en la Biblia, contra toda evidencia, la base para un desarrollo futuro tal.

En un contexto tal, no debiera sorprendernos el hecho de que el feminismo moderno dentro de los círculos protestantes los está conduciendo más y más a admirar a la virgen María. En Alemania, cada vez más templos protestantes ponen en su interior imágenes de vírgenes y santos. El Dr. H. Douglas, en su libro *Red Alert: Hurling Into Eternity* (PPPA), p. 11, trae varios ejemplos sobre la admiración protestante de María que se ve facilitada por su adopción de una agenda feminista.

En efecto, “la re-emergencia de la virgen María no atrae únicamente a los católicos. La historia que aparece en la revista *Time* (23 de marzo, 2005), titulada ‘Hail, Mary’, se centra en el extraordinario énfasis de María dentro del mundo protestante. Algunos de estos eventos incluyen el énfasis incrementado del Feminismo y del papel de lo divino como femenino (piensen en *Red Tent* y *El Código Da Vinci*), y el interés notable dentro del protestantismo en las prácticas y textos de los primeros 1500 años de la iglesia Cristiana que estuvo inmersa en el Marianismo. ‘Antiguo-moderno’ es la frase apelante. “Por alrededor de 300 años, el mundo protestante, mientras enfatizaba claramente que la virgen María era de hecho la madre de Jesús, miraba todo énfasis adicional como pura ‘Mariolatría’—la elevación de María a una posición cercana a la de Cristo. (Su énfasis procuraba impedir todo intento de sugerir que Jesús no era preexistente, que era sólo un bebé común).

¡Sin embargo los tiempos están cambiando! Por ejemplo, Brian Maguire, pastor de la Westminster Presbyterian Church en Xenia, Ohio, causó sensación en 2005 al combinar el énfasis sobre María tanto como sobre Jesús en sus observaciones de Semana Santa. Junió el día de la Anunciación (cuando el ángel Gabriel le dijo a María que daría a luz al Mesías) con la celebración de la Semana Santa. Maguire lo llamó una ‘oportunidad hermosa y poética’. Después de todo, dijo, María fue “la primera y la última discípula en ser alcanzada durante su vida [la de Cristo]. Pero Beverly Gaventa, un profesor de literatura del Nuevo Testamento en Princeton, retrató a María como la víctima de ‘una conspiración protestante teológica, litúrgica y devocional’. En otras palabras, los protestantes la sacan por unas semanas en diciembre, y luego la guardan”.

Los protestantes sienten la necesidad de una cabeza frente al secularismo en el mundo

La negación del sacerdocio de Cristo entre los evangélicos los deja sin un sacerdocio entre ellos y Dios, algo equivalente a lo que significó para el Antiguo Israel el rechazo del sacerdocio aarónico en medio de ellos (Núm 16). Y esto los hace presa más fácil de la suplantación católico-romana que cuenta con una cabeza y un sacerdocio impostores. Los protestantes sienten la necesidad de una cabeza que los unifique, pero en lugar de aceptar a Cristo con todo lo que implica su dirección pontifical en el cielo, se sienten atraídos por otras cabezas terrenales, en especial la católica. Por eso en tiempos recientes, han estado tratando de recibir el apoyo de la Iglesia Católica Romana en su lucha contra el secularismo.

De hecho, el Concilio Mundial de Iglesias ha estado teniendo que cambiar su estructura para poder

acoger a la Iglesia Católica Romana en el seno de las Iglesias Protestantes a las que representa. En 1994 se escribió un libro titulado, *Evangelicals and Catholics Together*, mostrando la importancia de unirse para combatir al secularismo. Pat Robertson (Pentecostal: Club 700), dijo del papa Juan Pablo II, luego de visitarlo en 1995: “Todos admiramos tremendamente al Santo Padre. Todos queremos construir puentes con la Iglesia Católica” (en *Fundamental Baptist New Service*, October 10, 1995). Billy Graham mismo, el gran predicador bautista, entrevistó al papa por esa época y dijo de él que “ha sido la fuerte conciencia del mundo cristiano entero” (por testimonios del mundo evangélico en admiración a la Iglesia Católica, véase A. R. Treiyer, *La Crisis Final en Apoc 4 y 5*, cap. 5). Hasta se han levantado voces ecuménicas sugiriendo que todos podemos aprovechar los talentos que Dios habría dado presuntamente a cada iglesia. Y le atribuyen a la Iglesia Católica Romana el don de la administración.

Insistamos en el hecho de que, como los católicos, los protestantes y evangélicos correlacionan el sacerdocio aarónico con un sacerdocio cristiano terrenal. Pero en lugar del sacrificio literal de la misa que ofrece el sacerdocio católico, los evangélicos ofrecen sacrificios espirituales sin restringirlos a un sacerdocio particular dentro de la iglesia. Para ellos, el sacrificio cristiano se consumó en la crucifixión del Hijo de Dios y, por consiguiente, no hay ningún templo hoy en donde se ofrece su sangre en nuestro favor, en concordancia con lo que hacían en figura los antiguos sacerdotes de Israel. En su lugar, espiritualizan ese sacrificio en la iglesia sin que nadie oficie por otro. Cada cual ofrece su propio sacrificio espiritual. De allí que la interpretación del santuario celestial que dan muchos autores protestantes y evangélicos sea puramente eclesiológica o cristológica. [Véase A. R. Treiyer, *The Day of Atonement and the Heavenly Sanctuary. From the Pentateuch to Revelation*, cap 7).

Acusaciones mutuas

Es cierto que los protestantes no tienen una cabeza visible impostora como la tiene la Iglesia Católica en el papa. Pero los católicos culpan a los protestantes por el resultado divisionista que produce su creencia en el sacerdocio de todos los creyentes sin una cabeza central. Les echan en cara la multiplicación de las iglesias evangélicas que están constantemente dividiéndose en nuevas organizaciones, por carecer supuestamente de una jerarquía eclesiástica. El escándalo de un mundo cristiano dividido, insisten, es la causa del crecimiento del secularismo y del escepticismo actual. [Esto lo desarrollo en mi libro, *La Crisis Final en Apoc 4 y 5* (cap 5). Allí muestro los contrastes entre la tipología del santuario entre católicos, protestantes y adventistas, así como las consecuencias vistas en la estructura eclesiástica de cada iglesia].

La dislocación o negación del pacto y el sacrificio de todos los creyentes

En el esquema tipológico ofrecido a menudo en los medios protestantes se esconde un problema de entendimiento del pacto que Dios hizo con su pueblo en ambas dispensaciones. ¿Hay más de un pacto? Eso creen los dispensacionalistas para quienes, en el caso extremo, los judíos se salvarían por las obras, y los cristianos por la fe.

Pero Dios tuvo siempre un sólo método de salvación, la fe en el sacrificio vicario del Redentor (Rom 3:28). En lo que terminó llamándose “antiguo pacto”, los israelitas obtenían la salvación creyendo en el Redentor prometido (Rom 4:2-3,20-25). Sobre esa base ofrecían los corderos. Si pasó a llamarse “antiguo pacto” fue porque con la llegada de ese Redentor prometido, dejaron de ofrecerse animales simbólicos (Heb 8:6; 9:1). Si se liga también a ese “antiguo pacto” la infidelidad del pueblo como un todo, es porque terminó rechazando al Redentor prometido, y de esa forma **su pacto como nación** quedó invalidado (Heb 8: 8-12; cf. Jer 31:31-14). El “nuevo pacto” tiene igualmente que ver con el sacrificio del Redentor pero ya venido y sacrificado por nosotros (1 Cor 5:7). Se trata del sacrificio del “Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo” (Jn 1:29; Apoc 12:11; 14:1, etc).

¿Cómo suelen negar los evangélicos, o dislocar la relación de los dos pactos? De muchas maneras. En el tema que nos ocupa, acostumbran argumentar diciendo que nosotros ofrecemos hoy “sacrificios espirituales” gracias al derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés. Pero como los antiguos israelitas

no pasaron por la experiencia del Pentecostés, no habrían podido, como nosotros hoy, ofrecer esos “sacrificios espirituales”. Ellos ofrecían sacrificios materiales de animales. Pero, ¿en qué consisten los sacrificios espirituales? ¿No eran realmente ofrecidos también por los israelitas convertidos?

El sacrificio material que ofrecían los hijos de Aarón fue ofrecido también materialmente por Jesús siendo él mismo sacerdote y víctima (Heb 7:27; 9:11-12,24). Los sacrificios espirituales que ofrecía el pueblo en el templo antiguo, son los mismos que ofrecemos nosotros hoy en esa dimensión espiritual. La diferencia es que anteriormente, ellos se ofrecían a sí mismos en los animales que los sustituían y representaban al Cordero que iba a ser ofrecido en el futuro. Hoy, sin embargo, nosotros nos ofrecemos (nuestra vida, nuestro cuerpo) identificándonos con el sacrificio del Cordero que ya vino y se ofreció a sí mismo por nosotros una vez para siempre (Heb 10:10-12).

Una vez más vemos aquí una dicotomía impuesta por muchos protestantes-evangélicos entre el sacerdocio real de todo Israel en el Antiguo Testamento que, según el argumento, no involucraba a todos los creyentes; y el sacerdocio real de la iglesia entera en el Nuevo Testamento que involucra a todos los creyentes.

a) Los sacrificios espirituales de todos los creyentes en el Nuevo Pacto (1 Pe 2:5)

El origen del término hebreo *qohen*, “sacerdote”, no ha sido definido con claridad. Tiene que ver con un liderazgo y servicio espiritual sobre el pueblo que podían desempeñar no solamente los hijos de Aarón, sino también otros de entre el pueblo, como por ejemplo los hijos de David (2 Sam 8:8: *qohanim*: “sacerdotes” interpretados como “cabezas [*rosh*] al lado del rey”: 2 Crón 18:17; véase también LXX y Targum de 2 Sam 8:8). Su uso más común en la Biblia se da en relación con alguien que ofrece un sacrificio y media entre Dios y los hombres. Por tal razón, algunas versiones francesas rinden la palabra *qohen* por “sacrificateur”.

Hoy nosotros ofrecemos sacrificios espirituales no porque somos sacerdotes como los hijos de Aarón ni porque ofrecemos sacrificios como lo hacían ellos, sino porque nos ofrecemos a nosotros mismos en el sacrificio de Cristo, en una dimensión espiritual, cuando compartimos el evangelio del santuario celestial ante los no creyentes. Esto es lo que los antiguos israelitas también hacían cuando compartían el evangelio en sombras ante las otras naciones (Heb 4:2). Esto es verdad a pesar de que muchos tuvieron un problema de fe que los llevó a endurecer su corazón (véase Heb 4:1-2).

Los sacrificios que ofrecemos hoy tienen el propósito de capacitarnos para cumplir más eficientemente ese sacerdocio de mediación entre Dios y el mundo, y consiste en compartir con ellos el mensaje del evangelio (1 Pe 2:9: “para que proclaméis las obras maravillosas de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”).

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino Cristo en mí” (Gal 2:20)

“Sabemos que nuestro viejo hombre fue crucificado con él...” (Rom 6:6; véase v. 10-11).

“Os ruego... que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Rom 12:1).

“Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef 5:2).

“Ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre. Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios” (Heb 13:15-16; véase Filip 4:18).

“Pero aunque yo sea derramado como libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me regocijo y comparto mi gozo con todos vosotros” (Filip 2:17).

“Yo soy ministro de Jesucristo a los gentiles, con el deber sacerdotal de proclamar el evangelio de Dios, para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo” (Rom 15:16).

b) Los sacrificios espirituales de todos los creyentes en la antigua dispensación

El plan de Dios para su pueblo en el antiguo Israel consistía en transformarlos en “un reino de

sacerdotes” y en “una nación santa” (Éx 19:6), como cuando requirió decirle al príncipe de este mundo (para entonces el faraón de Egipto), que Israel como un todo era su primogénito entre las naciones (Ex 4:22). Para ello estableció más tarde un sacerdocio en el interior del pueblo, y en su favor (Núm 18). De esta manera, el pueblo podría ofrecer sacrificios que los capacitase para cumplir su sacerdocio ante las demás naciones. En el sacrificio substitutivo de una víctima inocente que inmolaban ante el altar, todos los israelitas se ofrecían a sí mismos en un sacrificio viviente al Señor. Sólo de esta manera podían transformarse en sacerdotes o mediadores entre Dios y el mundo, y proclamar las buenas nuevas de salvación.

Pero el pueblo de Israel terminó escondiendo bajo un almud el evangelio que Dios le dio mediante símbolos y representaciones, e invalidó el pacto al rehusar obedecer sus provisiones (Heb 8:9: “Porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos”). Aún así, Dios continuó prometiendo hacer un nuevo pacto con ellos si se convertían, algo que finalmente no hicieron como nación, sellando su suerte al crucificar al Señor y único Garante del pacto anunciado. Esta promesa, sin embargo, permanece en pie para los que, como ellos, quieren hacer un pacto con Dios, si no endurecemos hoy nuestro corazón como nuestros antecesores israelitas terminaron haciéndolo (Heb 8:10; véase 3:8-13).

El Señor les prometió: “vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor, ministros de nuestro Dios” (Isa 61:6-8). Esas naciones se regocijarían con las buenas nuevas que les serían proclamadas (véase Isa 2:3).

Dios nunca aceptó en su templo, ya sea terrenal o celestial, otra cosa que “sacrificios espirituales”. Una negación de este hecho implica una negación de la correlación de los dos pactos en uno sólo que Dios acepta. Si nos resulta difícil captar esto en las leyes levíticas, vayamos a los salmos y al testimonio de los profetas que expresan cómo vivieron los israelitas convertidos la experiencia espiritual de ofrecerse a sí mismos en los sacrificios que traían al santuario.

“Ofreced sacrificios de justicia, y confiad en el Señor” (Sal 4:5).

“En su tienda *ofreceré sacrificios con voces de júbilo*; cantaré, sí, cantaré alabanzas al Señor” (Sal 27:6).

“Porque tú no quieres sacrificio, que yo daría; no quieres holocausto. Dios, *el sacrificio que tú aceptas* es el espíritu quebrantado. Tú no desprecias al corazón contrito y humillado... Entonces te agradarán los *sacrificios de justicia*, el holocausto, la ofrenda del todo quemada. Entonces ofrecerán becerros sobre tu altar” (Sal 51:16-19).

“No te reprenderé por tus sacrificios ni por tus holocaustos que están siempre ante mí. No tomaré de tu casa becerros, ni machos cabríos de tus apriscos. Porque mía es toda bestia del bosque y los millares de animales en los collados... ¿He de comer yo carne de toros, o beber sangre de machos cabríos? Ofrece a Dios *sacrificios de alabanza...*, invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás” (Sal 50:8-15).

“¿Con qué me presentaré ante el Eterno, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agradará el Eterno de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite?... Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide el Eterno de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miq 6:6-8).

“Y Samuel dijo: ¿Se complace el Eterno tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras del Eterno? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1 Sam 15:22).

La corrupción de los sacrificios espirituales

El pueblo de Israel, como un todo, terminó malinterpretando el pacto divino y olvidándose del propósito de los sacrificios. Pero su ejemplo de incredulidad y endurecimiento de corazón que evidenciaron al crucificar al Hijo de Dios, puede terminar repitiéndose en muchos que, pretendiendo vivir hoy bajo el nuevo pacto, terminan también invalidándolo (Heb 4:1; 10:26-31).

“Este pueblo de labios me honra, pero su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres” (Mat 15:8-9; cf. Isa 29:13).

“El que mata un buey es como el que mata a un hombre. El que sacrifica un cordero como el que desnuda un perro; el que presenta ofrenda de cereal como el que ofrece sangre de cerdo; el que quema incienso como el que bendice a un ídolo. Como ellos han escogido sus propios caminos, y su alma se deleita en sus abominaciones” (Isa 66:3; compárese con Heb 10:29).

“Aborrezco, desprecio vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré a las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quitá de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos” (Am 5:21-26).

“El sacrificio de los impíos es abominación al Señor, pero la oración de los rectos es su deleite” (Prov 8:15).

“¿Qué es para mí la abundancia de sus sacrificios?, dice el Señor. Cansado estoy de holocaustos de carneros, y de sebo de ganado cebado. La sangre de novillos, corderos y machos cabríos no me complace. Cuando vienen a presentarse delante de mí, ¿quién demanda esto de ustedes de que pisoteen Mis atrios? No traigan más sus vanas ofrendas. El incienso me es abominación. Luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas. No tolero iniquidad y asamblea solemne. Sus lunas nuevas y sus fiestas señaladas las aborrece mi alma. Se han vuelto una carga para mí. Estoy cansado de soportarlas. Cuando extiendan sus manos esconderé mis ojos de Uds. Sí, aunque multipliquen las oraciones, no escucharé. Sus manos están llenas de sangre” (Isa 1:11-15).

Concluamos aquí afirmando que el Espíritu Santo no descendió únicamente en el Pentecostés para fundar la fe de la Iglesia, haciendo que los apóstoles profetizaran y hablaran en diferentes idiomas, sino también en el monte Sinaí sobre los setenta ancianos **que profetizaron en nombre del Señor**, en la fundación de la fe del pueblo de Israel (Núm 11:16-29). Por el otro lado, el descenso del Espíritu Santo en el Pentecostés sobre los apóstoles para inaugurar el santuario celestial fue equivalente al descenso del fuego sobre el santuario terrenal para inaugurarlos tanto en la época de Moisés como en la de Salomón. En ambos casos el fuego descendió del cielo (Lev 29:23-24; 2 Crón 7:1-3; Hech 2).

¡No busquemos, pues, dicotomías baratas entre la tipología de la nación de Israel y su cumplimiento en la Iglesia! ¡No malinterpretemos la tipología del santuario, como suelen hacerlo los protestantes para negar el sacerdocio de Jesús y evitar desembocar en la Iglesia Adventista del Séptimo Día...!

Por qué algunos adventistas se vuelven igualmente vulnerables

Porque adoptan la dislocación tipológica del sacerdocio de todos los creyentes que tienen los evangélicos. Parecieran creer que viven en la era del sacerdocio de todos los creyentes, como si eso fuese algo nuevo que nunca existió antes, y concediese privilegios de género que tampoco se tuvo antes (véase R. Dederen, *The Priesthood of All Believers*, in Nancy Vyhmeister, ed., *Women in Ministry* (Andrews University, Berrien Springs, 1998). El argumento implícito y explícito es que, mientras que los hijos de Aarón eran todos varones, ahora al tener todos supuestamente los mismos derechos de Aarón, todos podrían eventualmente ser pastores, inclusive mujeres. Pero nadie pareciera preocuparse por definir en qué consistía y en qué consiste hoy el sacerdocio de todos los creyentes.

Israel como primogénito

Dederen trae a colación el hecho de que los sacerdotes levitas ocuparon el lugar de los primogénitos que habrían representado anteriormente, según él, al sacerdocio de todos los creyentes (Ex 13:1-2,13; Num 3:5-13,12-13,45; 8:14-19). Sugiere entonces que en el NT se recobra el sacerdocio de todos los creyentes representado por los primogénitos de Israel. Literalmente dice: “En el trasfondo, sin embargo, la visión del pueblo-sacerdote permanece, esperando llegar a ser el ‘sacerdocio de todos los creyentes’ bajo el único Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, el Señor Jesucristo”. Desafortunadamente, Dederen

no parece darse cuenta que, en ese caso, podría estar afirmando que el sacerdocio original de todo Israel estaría representado por los varones primogénitos y que, por consiguiente, ese sacerdocio del Nuevo Israel estaría igualmente representado por los líderes de la iglesia, y sería llevado a cabo igualmente sólo por hombres.

Tenemos que ser más cuidadosos con estas asociaciones. Dios consideró a todo Israel como primogénito entre las naciones (Ex 4:22). Esto quiere decir que las otras naciones podían convertirse y llegar a ser también hijos de Dios (véase Isa 2:2-4; 19:19-25). Pero únicamente el reino de Israel era el primogénito, esto es, la nación principal del mundo ante Dios, y sólo a través de ella se cumplirían todas las bendiciones de la primogenitura (Gén 12:1-3). Por consiguiente, las bendiciones de la primogenitura se obtendrían únicamente por la mediación de Israel. Más tarde, Dios llamó a David para ser su hijo (Sal 2), su primogénito entre los reyes de la tierra, personificando a todo su pueblo ante las naciones (Sal 89:27).

Poco más tarde se repitió esta misma verdad en Ex 19:5-6. Dios hizo un pacto con Israel como nación, y lo transformó en un reino de sacerdotes ante las naciones para mediar entre Dios y el mundo. Se esperaba que todos los israelitas fuesen sacerdotes ante las naciones. Sin embargo, no se otorgó a los primogénitos de las doce tribus la mediación en el templo, “en medio de los israelitas,” entre Dios y su pueblo, sino a la tribu de Leví. De todas maneras, los primogénitos de todas las tribus de Israel continuaron siendo primogénitos, esto es, “cabezas”, “líderes”, “príncipes” y “reyes” en medio de su pueblo, aún si no oficiasen dentro del templo.

Algo semejante ocurre en el Nuevo Israel que recibió el mismo llamado a ser una nación santa, un reino de sacerdotes de entre las naciones de la tierra (1 Ped 2:5,9; Apoc 1:5-6). Como David, Jesús es el primogénito (Heb 1:6; véase Os 11:1; Mat 2:15), la cabeza de la iglesia que es su cuerpo (1 Cor 12:12-14; Ef 5:23; Col 1:18-24, etc). De igual manera él es el único sumo sacerdote en medio de este Nuevo Israel, como lo representaban los hijos de Aarón en su antiguo sacerdocio terrenal. Así, todos formamos parte de “la iglesia del primogénito cuyos nombres están escritos en el cielo”, y “Jesús es el mediador del nuevo pacto” en medio de su pueblo en el templo celestial (Heb 12:23-24). Sinteticémoslo.

ANTIGUO ISRAEL	NUEVO ISRAEL
David e Israel como hijo primogénito	Cristo como hijo primogénito y la iglesia como su cuerpo
Representado por los primogénitos de Israel (“cabezas,” “ancianos,” “príncipes,” y reyes)	Representado por las “cabezas” de los hogares y “ancianos” u “obispos” de la iglesia
Israel como reino sacerdotal	Iglesia como reino sacerdotal de Dios

Confusión actual

El informe de varias Uniones de la División Norteamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, tomado a mediados de 2012, respeta el voto de la Asociación General que ha rechazado la ordenación de las mujeres al ministerio pastoral, pero promueve su ordenación basándose en el sacerdocio neotestamentario de todos los creyentes. No hay duda de que tal decisión se basó en el artículo del Dr. Raúl Dederen. El argumento implícito es que, en el antiguo pacto, sólo podían ser sacerdotes los varones levitas, pero que ahora el sacerdocio nos compete a todos.

¿Será que las mujeres antes no podían formar parte del sacerdocio de todo Israel? La Biblia es clara. Israel como un todo formaba parte de un reino de sacerdotes (Ex 19:5-6). Pero por ese hecho, ¿calificaban las mujeres para ser cabezas de sus familias, y príncipes o pastoras de su comunidad, como los primogénitos de Israel? De ninguna manera. Entonces, ¿sobre qué base serían pastoras de la Iglesia las mujeres que participasen hoy del sacerdocio de toda la Iglesia? Desde la perspectiva bíblica no hay base

alguna. Sólo adoptándose un molde dispensacionalista que es protestante, pero no bíblico, puede reclamarse la ordenación al ministerio sin distinción de género.

¿Se requiere la ordenación como requisito para el derramamiento del Espíritu?

Algunos como el Dr. Dwight Nelson, pastor de la Universidad de Andrews, quien predicó en la Pioneer Memorial Church el 21 de Enero de 2012, han sugerido que Dios no va a derramar su Espíritu antes que se reconozca un presunto derecho de las mujeres para ser ordenadas al ministerio pastoral. Pero, ¿fueron ordenadas las mujeres al ministerio antes del derramamiento del Espíritu de Dios en el Pentecostés? ¿Acaso el derramamiento del Espíritu Santo va a darse al final únicamente sobre los pastores ordenados? ¿Deben las mujeres esperar a que se las ordene al ministerio evangélico para recibir el Espíritu Santo? Si hasta los niños recibirían el Espíritu en los postreros tiempos (Joel 2:28-32; Hech 2:14-21). ¿Debe ordenarse a los jovencitos o niños por tal razón? ¡Por supuesto que no!

¿Debió esperar E. de White ser ordenada al ministerio pastoral para ser llamada por Dios al ministerio profético? ¿La ordenó la Iglesia al pastado por haber sido llamada directamente por Dios para ser su mensajera al remanente? Ella nunca bautizó ni ofició en casamientos. Nunca fue presidente de ninguna asociación ni de ninguna unión ni de la Asociación General, ni buscó jamás un cargo pastoral administrativo tal, porque Dios no la llamó para eso. Ella dijo que no debemos esperar para ser ordenados al ministerio para entonces compartir el evangelio.

“¿Piensan Uds. que sólo los hombres que han sido ordenados como ministros del evangelio deben trabajar para elevar la humanidad?—¡No, no! Se espera de todo aquel que se llama por el nombre de Cristo que se comprometa en esta obra. Las manos de la ordenación pueden no haber sido puestas sobre Uds., sin embargo Uds. son los mensajeros de Dios” (RH, Nov 24, 1904).

El don de profecía, el derramamiento del Espíritu, no califica necesariamente a una persona para el ministerio pastoral. Ya que el Espíritu reparte los dones “como él quiere”, y no a todos llama para el mismo cargo, tampoco como pastores (1 Cor 12:27-30). Y ese Espíritu que inspiró la Biblia dejó especificaciones claras acerca del liderazgo eclesiástico en ambas dispensaciones.

¿Tienen que ser todos pastores para poder participar del sacerdocio del Nuevo Israel?

El cuadro tipológico dislocado o desubicado bajo discusión fue la base de un sermón predicado por el Dr. Randy Roberts, pastor principal de la Universidad de Loma Linda, el 17 de marzo de 2012. Su título irónico lo dice todo: “El sacerdocio de *algunos* creyentes”. Respondamos que nuestra iglesia cree, como la iglesia primitiva, que el sacerdocio de la iglesia entera es para todos, y eso no tiene nada que ver con la ordenación de todos. Así como se entiende mejor el ministerio sacerdotal de Cristo a la luz del ritual Aarónico que lo representó, así también se entiende mejor el sacerdocio del Nuevo Israel a la luz del sacerdocio de todos los creyentes que todo el pueblo antiguo de Israel representó.

Un camino hacia la desunión y pérdida de la misión

En estas nuevas argumentaciones vemos, no sólo un dispensacionalismo que rompe arbitrariamente la correlación de los dos pactos en uno sólo que Dios acepta, sino también una especie de dispensacionalismo cultural. Esa especie de dispensacionalismo cultural (discutible aún sobre el terreno cultural), requiere cambios que se ajusten no a la Biblia, sino a las diferentes sociedades y culturas. Una vez dado ese paso, el siguiente viene por sí solo. Rompen toda estructura eclesiástica, todo liderazgo, como ya se ve en las discusiones que se han levantado recientemente sobre la ordenación de la mujer en la División Norteamericana, y/o su aptitud para liderar y presidir iglesias, asociaciones, uniones y divisiones.

En efecto, si una Unión decide abrirse camino y no tener más en cuenta las decisiones del cuerpo entero de la iglesia (la Asociación General por ejemplo), ¿qué autoridad moral podrá tener para frenar a una Asociación de hacer lo mismo? A su vez, ¿quién podrá impedir que una iglesia local vote otro reglamento en donde decida no enviar más los diezmos a la Asociación? ¿Y qué decir de las iglesias que decidan ser homosexuales?

Permítasenos compartir sólo un ejemplo del mundo evangélico, que muestra lo que podemos esperar en nuestra iglesia si damos los pasos que ellos tomaron sobre la ordenación sin distinción de género. “Las Iglesias Bautistas Norteamericanas del Suroeste Pacífico votaron unánimemente separarse” de la unión de las iglesias bautistas de todo Estados Unidos. “Este paso quitó unas 300 iglesias del sur de California, Arizona, el norte de Nevada, y Hawai... El grupo renovado de los Evangélicos Bautistas Norteamericanos, que representan unas 500 iglesias según se informa, anunció recientemente que no se hagan la ilusión para una renovación basada en la Biblia” en los Bautistas de toda Norteamérica. El resultado fue que los líderes se desbandaron...” “Otras regiones están considerando retirarse también, y parece que la denominación se volverá pronto un caracol de su propio ser. El final de la pendiente resbaladiza es la destrucción de una denominación” (W. Grudem, 244).

Creo que no necesito gastar palabras para decir quién está detrás de todo esto en nuestra iglesia. Se trata de alguien que quiso desestabilizar el gobierno divino en el cielo, y pretendió que era Dios quien causaba todo el desbarajuste, hasta que fue expulsado de allí. Lo mismo que intentó hacer allá arriba, busca hacerlo hoy acá abajo. Quiere emancipación, no sujeción al liderazgo divino y a su ley.

El resultado de no predicar más nuestros mensajes distintivos

Tal vez pocos sean los que vean la raíz teológica del mal, además de la soberbia y la pérdida de misión que se percibe en tales actitudes. Tales discusiones y actitudes provienen del hecho de predicar cada vez menos nuestro mensaje, el evangelio del santuario, en su verdadera correlación tipológica. Admiro, en este contexto, al presidente actual de la Asociación General de nuestra iglesia, porque capta en una dimensión práctica que la iglesia puede terminar desbandándose con enfoques teológicos ajenos al movimiento adventista, y que conducen al congregacionalismo evangélico o a admirar el don administrativo impostor de la Iglesia Católica Romana. No me cabe la menor duda de que estamos entrando en la “omega” de la apostasía.

Creo que nuestro presidente necesita más que nunca nuestras oraciones. En la oración hay poder. “La oración eficaz del justo puede mucho” (Sant 5:16). Y es también el deber de todo líder de la iglesia levantar las manos de nuestro presidente como lo hicieron Aarón y Hur con Moisés, so pena de venirse abajo ellos también (Éx 17:12).

Será bueno que abramos nuestros ojos y capturemos, como lo captó ya en sus comienzos E. de White, que el protestantismo evangélico ha estado tratando de interponer más y más antítesis entre las sombras del Antiguo Testamento y las realidades del Nuevo, para evitar desembocar en la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

“Se hizo cuanto se pudo por conmovier su fe. Nadie podía dejar de ver que si el santuario terrenal era una figura o modelo del celestial, la ley depositada en el arca en la tierra era exacto trasunto de la ley encerrada en el arca del cielo; y que aceptar la verdad relativa al santuario celestial involucraba el reconocimiento de las exigencias de la ley de Dios y la obligación de guardar el sábado del cuarto mandamiento. En esto estribaba el secreto de la oposición violenta y resuelta que se hizo a la exposición armoniosa de las Escrituras que revelaban el servicio desempeñado por Cristo en el santuario celestial” (CS 488).

La importancia del enfoque tipológico adventista en su proyección eclesiológica

Nuestro entendimiento del sacerdocio de Jesús en el cielo, en correspondencia con el antiguo sacerdocio aarónico que lo representaba, nos permite ver que hay dos momentos y lugares básicos en el

sacerdocio celestial. El primer momento se dio en el año 31, a partir del cual Jesús comenzó a oficiar en el lugar santo del templo celestial. A esto lo llamamos “continua intercesión”, debido a que se corresponde con el oficio *tamid* (“continuo”) que se efectuaba en el lugar santo del antiguo sacerdocio aarónico. El segundo momento comenzó en 1844, y tiene que ver con la “intercesión final” de Cristo en “el tiempo del fin”, frente al arca del pacto en el lugar santísimo, donde se encuentra el original de la ley divina (Dan 8:14,17,19; Apoc 11:18-19).

En contraposición a este mensaje que proyecta la intercesión celestial a dos momentos y cuartos definidos del templo celestial, los protestantes y evangélicos interponen una antítesis sacerdotal entre el sacerdocio aarónico y el de Cristo. ¿Cómo? Negando el sacerdocio de Cristo en su templo celestial y correlacionando el sacerdocio aarónico con el de toda la iglesia. De esta manera, pretenden que los antiguos israelitas no podían comparecer en el lugar santísimo del templo terrenal, un derecho que todos nosotros, en nuestro sacerdocio de todos los creyentes, presumiblemente tenemos desde que Jesús fue al cielo (véase Heb 4:14-16; 10:19-22).

Este es un error. La dicotomía presumible que muchos protestantes tratan de imponer a la comparecencia literal, corporal, material al lugar santísimo del sacerdocio Aarónico en el antiguo Israel, y la supuesta comparecencia directa al lugar santísimo de la iglesia en esta dispensación desde el mismo comienzo en el año 31, rompe el esquema tipológico bíblico de varias maneras. El problema es que no distinguen entre dos tipos de comparecencia, la espiritual y la material. Y por no conectar correctamente los dos ministerios, el antiguo simbólico y el nuevo real, terminan restringiendo la intercesión de Cristo a su ministerio terrenal de dos mil años atrás, o simplemente dejan de percibir los diferentes momentos de su intercesión celestial. Muchos aducen que ese ministerio sacerdotal se habría consumado con su muerte vicaria. Así dejan de percibir la realidad e importancia de su sacerdocio celestial actual, en virtud de ese sacrificio pasado.

Los antiguos israelitas también comparecían espiritualmente en el lugar santísimo del templo terrenal (Sal 27:4-6; 31:19-22). Eso está expresado a menudo en las leyes rituales bajo el término *lipene' Yahvé*, “en la presencia [cara o delante] del Señor”. [Desarrollo extensamente este aspecto en mis libros sobre los servicios del santuario en ambas dispensaciones]. Pero tampoco podemos nosotros entrar todavía físicamente en los lugares interiores del templo celestial. La entrada corporal del antiguo sumo sacerdote al lugar santísimo en el Día de la Expiación, la tiene hoy únicamente el Hijo de Dios, nuestro Sumo Sacerdote (Heb 8:1-2). Sin embargo, su entrada corporal al templo celestial en el año 31 es vista por el apóstol Pablo como precursora (Heb 6:19-20), de nuestra entrada espiritual primero (Heb 10:19ss; Ef 2:5-6,18), y de nuestra entrada corporal futura en ocasión de su regreso (Heb 9:27-28; Apoc 7:14-15).

Para propósitos eclesiásticos prácticos, la negación de un santuario y ministerio celestiales lleva a muchos a creer que estamos supuestamente libres de la ley que está en el arca del cielo, que no necesitamos responder ante nadie ni en el cielo ni en la tierra porque todo se saldó en la cruz, que no hay una aduana en el cielo por la que tendrán que pasar finalmente todos los que hayan recibido su pasaporte para el reino celestial, con el propósito de verificar su aptitud para vivir en el país de los santos (Rom 14:10; 2 Cor 5:10). Así, para muchos no hay ni juicio investigador futuro ni intercesión sacerdotal ni ley en el cielo.

¿Acaso Cristo no merece ser reconocido y alabado en el cielo por su sacrificio vicario y su redención? (Apoc 5:8-10). ¿Como si para resaltar el valor de su muerte vicaria debiéramos privarle del gozo y privilegio de ofrecer su sangre ante su Padre y los ángeles del cielo en nuestro favor! (Heb 7:25; 9:12). ¿Como si nosotros no mereciésemos ser reconocidos justos allá arriba por los méritos de nuestro Salvador, en medio de un mundo que nos condenó y condena por nuestra fidelidad al Señor! (Apoc 6:9-11; 12:11).

La inculpación que los católicos hacen a los protestantes de introducir supuestamente el caos en el cristianismo no puede hacerla a la Iglesia Adventista del Séptimo Día, porque ésta acepta el esquema bíblico de Cristo como cumplimiento del sacerdocio levítico y Sumo Sacerdote del nuevo templo. En principio, la mayoría está de acuerdo en el mundo protestante en que Cristo es la cabeza de la iglesia. Pero por seguirlo donde realmente está (hoy en el lugar santísimo frente al arca que contiene la ley divina), nosotros lo aceptamos como una cabeza trascendente (no pura y simplemente como una cabeza

existencial), que da una orientación específica desde el cielo, y ofrece una trayectoria profética definida. La dislocación tipológica espiritualizadora y existencial del protestantismo abre las puertas a toda suerte de movimientos carismáticos que no se sujetan a nada ni nadie.

Cuando reconocemos que nosotros no poseemos o constituimos una nueva autoridad que puede compararse sólo a la del sumo sacerdote Aarón, entonces nos es más fácil *sujetarnos* al sacerdocio celestial de Cristo que ocupó el lugar de ese sacerdocio terrenal, y posee un orden y proyección profética definidos. Y el hecho de que el sacerdocio de todo Israel implicaba e implica ahora en la iglesia, un sacerdocio que no tiene castas (no es de una tribu en particular), y que consistía y consiste en representar a Dios ante las naciones, no significa que no tengamos ninguna sujeción terrenal tampoco. En efecto, la proyección del sacerdocio de todos no elimina la estructura social que está centrada en el liderazgo del hombre en la familia y en la comunidad. Tampoco elimina el sacerdocio del templo en medio del antiguo Israel y de la Iglesia que estaba centrado en el sacerdocio Aarónico y está centrado hoy en el sacerdocio de Cristo.

Sabemos dónde estamos parados, y creemos que Jesús mismo nos levantó para proclamar el último mensaje al mundo, y que nace de la comprensión correcta de la tipología del santuario. Ese mensaje comprende el juicio celestial previo a su segundo advenimiento como teniendo ya lugar. De esta manera, nuestra iglesia evita caer bajo una cabeza impostora como la del papado romano, y puede mantener una cohesión que el protestantismo no tiene. Es Jesús mismo quien nos habló y continúa hablándonos en su intercesión final, desde la corte del cielo en el lugar santísimo. Esto lo ha hecho y continúa haciendo a través de la Biblia y del Espíritu de Profecía (Apoc 12:17; véase 19:10). Y es él quien requiere, a través de esa comunicación, que nos organicemos con una estructura que podrá tener defectos como toda estructura social humana, pero que es la mejor para mantener la unidad en el amor.

De hecho, somos admirados por otras organizaciones religiosas por tener una misión mundial unida que, salvo la Iglesia Católica, ninguna otra iglesia tiene. Una estructura eclesiástica tal se fragiliza en la medida en que se introducen en nuestro medio modelos tipológicos dislocados y los típicos principios desestabilizadores y corruptos de la sociedad moderna. ¿Para qué incorporar entre nosotros el desasosiego y el malestar de quienes han perdido el rumbo? Esto no tiene nada que ver con nuestra misión profética ni con la Biblia.

El sacerdocio de todos los creyentes entendido como otorgando a todos la autoridad que antiguamente pertenecía exclusivamente al sacerdocio aarónico, es el fundamento del congregacionalismo moderno que antiguamente quisieron introducir Coré, Datán y Abirám (Núm 16). Es a su vez el fundamento del carisma moderno que no responde ante ninguna autoridad terrenal, sino sólo a Dios (supuestamente, ya que los expone mediante milagros y prodigios falsos, al engaño de aquel que quiso ocupar su lugar en el cielo: 2 Tes 2:8-11; Apoc 13:13; 16:16). Para ello tienen que negar que el sacerdocio de todos los creyentes existía también en el Antiguo Israel, y que se proyecta al Nuevo Testamento con una estructura social equivalente que está centrada en el hombre como cabeza de la familia y líder de la comunidad.

La recuperación de la verdadera correspondencia tipológica del santuario

La recuperación de la verdadera tipología del santuario por parte de la Iglesia Adventista la libra de los excesos eclesiásticos administrativos que se ven en las demás iglesias. Al restablecer la correspondencia tipológica del sacerdocio aarónico con el de Cristo, y del templo terrenal con el del cielo, también se restablece la conexión del sacerdocio de todo Israel en las dos dispensaciones, con el hombre como cabeza de la familia y líder de la comunidad, siendo Cristo la “cabeza suprema de la iglesia” (Ef 1:22).

El liderazgo varonil no priva a las mujeres de cumplir ampliamente el papel que Dios les asignó. La testificación, la oración intercesora, el cuidado de los enfermos, la dedicación a la familia y a la iglesia, y tantas otras ramas de servicio que pueden brindar, ¿no es algo maravilloso en su servicio a Dios? (1 Tim 5:20). Hombres y mujeres somos hoy como antaño mediadores entre Dios y el mundo, al compartir el evangelio del santuario que hoy se cumple en el cielo con Cristo como cabeza de la Iglesia.

Al dejar de predicar muchos cada vez más en nuestra iglesia acerca del ministerio de Cristo en el cielo, no se dan cuenta que están adoptando moldes teológicos del mundo cristiano apóstata que están

destinados a romper la estructura eclesiástica que Dios nos dio. Una correcta correspondencia tipológica entre las dos dispensaciones nos libra de ese caos.

Resaltemos aquí un punto más. El hecho de que el sacerdocio aarónico se cumple únicamente en el sacerdocio de Cristo, no significa que no pueda servirnos de ejemplo, en muchos aspectos, para nuestro sacerdocio de todos los creyentes. En efecto, el sacerdocio aarónico no estaba libre de la estructura patriarcal cuyo fundamento estaba en la familia, con el padre como cabeza del hogar y líder espiritual de la comunidad. Por consiguiente, es legítimo usar esa institución divina para resaltar el hecho de que Dios llamase únicamente a hombres para ser líderes espirituales de su pueblo.

La estructura social y eclesiástica del Nuevo Israel según la Biblia

No es nuestro propósito aquí entrar en todos los dones y ministerios de la Biblia. Digamos de entrada, sin embargo, que el nombramiento de ancianos, pastores y obispos no proviene del sacerdocio levítico, ni de una cultura presuntamente superior, sino de una estructura social designada por Dios en la misma creación. En ese tejido social Adán es la cabeza de Eva y de su familia.

No todos fueron nombrados pastores, obispos, ancianos o diáconos en la iglesia primitiva. Y sin embargo, todos fueron sacerdotes en una dimensión espiritual. Tampoco el llamado divino a ser profeta implicaba que una persona pasase a ser pastor o príncipe de la nación o de la iglesia. El profetismo se manifestó en diferentes niveles del pueblo de Dios, sin que necesariamente los así llamados por Dios pasasen a ser dirigentes. Ellos eran los mensajeros del Señor, y no necesitaban ni buscaban otro cargo por ello. Aparte de los muchos testimonios bíblicos que podríamos ofrecer, está el testimonio más reciente de E. de White del que hablaremos al final.

¿Igualdad? ¿Complementación? ¿Oposición o repulsión?

El feminismo moderno busca la igualdad del hombre y la mujer, pero la Biblia resalta la complementación de sexos. Fue Dios quien hizo diferentes a nuestros primeros padres. La mujer fue hecha “ayuda idónea” del hombre (Gén 2:18), y estableció que el hombre tuviese autoridad sobre ella. El fue llamado *‘ish*, “varón”, y ella *‘isha*, “varona” (Gén 2:23). Esa relación estaba destinada a ser placentera para ambos. Pero con la introducción del pecado, del egoísmo, tal esquema social iba a afectarse. Y a pesar del dolor que ahora pudiera causar la sujeción, esta debía mantenerse por la gracia de Dios (Gén 3:16). El Hijo de Dios nos dio un ejemplo de sujeción al plan trazado por su Padre, a pesar del sufrimiento que le causó sobrellevar nuestra naturaleza humana (Heb 2:10; 5:8-9).

Fue Dios mismo quien determinó que el hombre y la mujer se vistiesen diferentes. “No vestirá la mujer traje de hombre ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque es abominable para el Eterno, tu Dios, cualquiera que esto hace” (Deut 22:5). Nuevamente, la diferenciación entre los dos sexos no es un asunto cultural, sino constitucional a la naturaleza diferente de cómo Dios nos hizo. En tiempos del apóstol Pablo, el símbolo de autoridad del hombre sobre la mujer se daba en el velo (1 Cor 11:10). En épocas recientes, ese símbolo de autoridad pasó a ser el pantalón en el hombre. La diferenciación entre el hombre y la mujer tuvo que ver también hasta hace poco en la forma de arreglarse la cabeza. El cabello largo era para la mujer, y la barba para el varón. Así como el velo en la cabeza era para la mujer en los días del apóstol Pablo, y la cabeza sin velos para el hombre (1 Cor 11:4-5).

No importa qué símbolo de autoridad varonil se escogiese en diferentes épocas y regiones, la diferenciación entre los dos sexos debía permanecer. Dios hizo al hombre cabeza de su mujer. Y aunque en diferentes épocas el símbolo de autoridad varonil pudiese variar, queda claro que, en ciertos contextos de confrontación donde la conciencia no está en juego, la mujer no debía imponer en la familia o en la iglesia una autoridad o dominio o señorío sobre el hombre (1 Tim 2:11-14). Este es un principio bien establecido en el Nuevo Testamento (Ef 5:22-24,33; Col 3:18; Tit 2:4-5; 1 Tim 2:9-12; 1 Ped 3:1-6).

Aquí corresponde aclarar brevemente el pasaje de 1 Tim 2:11-14 y 1 Cor 14:34-35. El apóstol Pablo no niega a la mujer la testificación o enseñanza en la iglesia, porque si no se contradiría con 1 Cor 11:4-5 donde muestra que tanto la mujer como el hombre oran y profetizan (véase también Joel 2:28; Hech

2:17). Lo que el apóstol rechaza es la enseñanza sin velo en la cabeza de la mujer, lo que podía ser malinterpretado en sus días, y quebrantaría el mandato divino de vestirse diferente del hombre. El profetizar implicaba en las palabras de Pablo, hablar “para edificación, exhortación y aliento”, algo que toda mujer puede hacer (1 Cor 14:3).

El contexto de la prohibición de predicar dada a la mujer es de dominio sobre los hombres, sobre los líderes de la iglesia. Algo semejante encontramos en el segundo mandamiento. Dios requiere allí no hacerse imágenes de lo que está en el cielo, en la tierra, o en los mundos inferiores (Ex 20:4). Esto no implica que no podamos sacar fotos de nuestros seres queridos o amigos. El contexto muestra que Dios prohíbe el uso de imágenes con el propósito de venerarlas o adorarlas, para inclinarse delante de ellas (v. 5).

Lo mismo ocurre con la facultad de la mujer de profetizar o enseñar, en el contexto de dominio sobre el hombre. Esto requirió el Señor no sólo a la iglesia de Corinto, sino como un principio para todas las iglesias (1 Cor 14:33-34). Pablo también advirtió a las viudas contra el hábito de chismear y de ser ociosas, “haciendo lo que no se debe hacer” (1 Tim 5:12-13). Pablo emplea el término “profetizar” con el sentido de enseñar, sin implicar un llamado divino directo para hablar directamente de parte de Dios.

Además, encontramos en 1 Cor 14 cierta confusión que requería, como suele pasar cuando se levantan problemas, la intervención de los hombres para poner las cosas en orden. Esta es una de las razones por la que las mujeres no son aptas para esta clase de ministerio. Hay constantemente aspectos que tratar en las iglesias que requieren la intervención de alguien con pantalones y que muestre quién es el que manda. Aún en una familia, especialmente cuando los muchachos llegan a la adolescencia y las madres no pueden hacer nada, se necesita que intervenga el padre para mostrar quién es la cabeza del hogar.

En el caso de 1 Cor 14 había problemas que involucraban ciertos principios sobre procedimientos (por ejemplo, que no hablasen varios a la vez, en qué idioma hablar, y que las mujeres guardasen silencio y trataran el asunto con sus maridos en sus casas: v. 27, 29, etc). Había confrontaciones y debates en las reuniones que tenían que ver con asuntos de iglesia equivalentes a lo que causó la reunión de los apóstoles en la iglesia de Jerusalén (véase Hech 15).

Cualquiera que fuese el trasfondo del problema, llevaba a la usurpación femenina de la autoridad del hombre en la iglesia, en contextos en los que, por naturaleza, la mujer es más propensa a dejarse llevar por los sentimientos, y ser engañada como lo fue en el Edén cuando se separó de Adán, su cabeza (1 Tim 2:9-15). Al hablar de la sumisión de la mujer a la autoridad del hombre, Pablo no basa su argumento en la cultura, sino en la historia de la creación. Esto no es algo que pueda agradar a los feministas igualitarios, pero tiene que ver con hechos. Dios nos hizo diferentes, y requiere que nos complementemos de acuerdo a nuestra propia naturaleza.

[Con respecto al ministerio profético de E. de White, es interesante observar que Dios llamó primero a un hombre llamado Hazen Foss. Pero cuando él rechazó el llamado para su propia perdición, Dios decidió llamar “al más débil de los débiles”. En ocasiones especiales Dios puede hablar aún a través de un burro (Num 22:28-30). ¿Ordenarían un burro como pastor por eso?

Tengamos en cuenta que E. de White fue llamada por Dios para hablar directamente de parte de él. Aún así, ella solía ir a las reuniones de la iglesia con su marido quien hablaba antes que ella a la audiencia, y luego presentaba a su esposa a la asamblea. Después de su muerte, su hijo solía acompañarla.

Nunca ofició en un bautismo ni en ceremonias nupciales. Nunca trató de usurpar el liderazgo de la iglesia, ni codició ni pretendió jamás ningún cargo administrativo, aunque defendió su ministerio profético. Ella se sometió a las directivas de los dirigentes de Battle Creek cuando la llamaron para ir a Australia, contra su voluntad. Ella daba su testimonio directamente de Dios, y dejaba los asuntos con Dios y con los que recibían su testimonio. Aún en su matrimonio nunca trató de ocupar el lugar de su esposo como cabeza de su hogar. Véase su propio testimonio más abajo].

Dios llamó a Abraham, Isaac y Jacob, (no a Sara, Rebeca, ni a Raquel ni Lea), para ser padre de todos los creyentes y patriarcas del pueblo de Dios (Gén 12:1-3; Rom 4:11). Los patriarcas eran primogénitos, en referencia al primer varón. En ese marco social establecido por Dios, el hombre es el sacerdote y

cabeza de la familia, de su clan, y de su tribu. En una dimensión más amplia vemos la unificación del reino bajo el rey como pastor de Israel (Núm 17; Eze 34).

Vivimos en una cultura enferma

Nos toca vivir, sin embargo, en una época en que todo se trastorna. A la gente no le gusta más ni lo dulce ni lo salado; busca algo intermedio. El hombre se deja el cabello largo como la mujer, y la mujer usa pantalones como el hombre. Con esto no digo que esas dos características tienen que ser necesariamente la diferencia que deben proyectar ambos sextos hoy. Refiero simplemente la tendencia a transformar la creación divina en algo confuso e indefinido. ¿Por qué?

El cuadro es típico de una época en la que nadie quiere estar atado a nada. Ni siquiera en el arte a formas simétricas. En la música abunda la disonancia, como si se imitase el ruido de un hierro cuando se lo pasa por un esmeril. En materia sexual se resalta cada vez más la transexualidad. Nadie está satisfecho por cómo Dios lo hizo, por lo que se codicia otra posición y condición. Las mujeres quieren ser hombres, y los hombres mujeres. En lugar de cumplir en forma feliz el propósito de nuestra creación, cada cual va por más, hasta a codiciar la posición de Dios (ser su propio Dios). ¿Quién puede negar que la creación divina va hacia su ocaso final?

El feminismo y el machismo son dos síntomas de la degradación de nuestra especie. Son los dos extremos a los que lleva el rompimiento de lo que Dios juntó. En lugar de complementación se pretende imponer la igualdad, cuando el resultado es *oposición* o *repulsión* de sexos.

Desde una perspectiva negativa puede percibirse también una diferencia natural entre el hombre y la mujer. Los hechos sociales no pueden negar la naturaleza diferente que poseemos. La poligamia pertenece a los hombres (no es la mujer la que convive con muchos hombres que dependen de ella: véase Mar 12:20-23). El comportamiento abusivo proviene del hombre hacia su mujer en un 95%. Las estadísticas hablan de más de mil mujeres asesinadas por sus maridos en México cada año. Lo contrario no parece ser relevante. Sólo hombres van a la guerra (aún hoy son raras las mujeres que lo hacen). Sin excepción, los más grandes billonarios del mundo son hombres (en una competencia libre de mercado nadie puede determinar arbitrariamente quién será billonario).

¿Vamos nosotros los hombres, a acusar a Dios de discriminación porque nos hizo incapaces de dar a luz? Desde el Edén, la mujer es parte del hombre porque fue tomada de él. Por lo tanto le pertenece y es “una sola carne” (Gén 2:22-24).

Algunos teólogos liberales culpan hoy a Pedro y los demás apóstoles de haber presumiblemente denigrado a María. Elaboran una teoría conspirativa por la que los apóstoles le habrían levantado el cuento a María de ser prostituta. Se basan, en parte, en un documento apócrifo del cual deducen que María habría sido nombrada por Cristo como apóstola, algo que presumiblemente habría molestado a los apóstoles. Esos teólogos son “liberales” porque no creen en la inspiración divina de los evangelios y de las epístolas del Nuevo Testamento. Sus teorías conspirativas reflejan un problema moderno que no tiene nada que ver con la época de los apóstoles. De esa manera distorsionan el evangelio.

La crítica del Hijo de Dios y sus apóstoles a nuestra cultura

Cuando contrastamos culturas, a menudo miramos el lado negativo de una cultura anterior, para resaltar lo que parece ser mejor en nuestra sociedad moderna. Por ejemplo, no podemos negar el hecho de que los principios de los derechos del hombre que adoptaron las sociedades modernas, trajeron a este mundo una calidad de vida mejor en comparación con la Edad Media. Sin embargo, cuando consideramos la ley divina y su aplicación a los tiempos bíblicos, muchos desprecian esa vieja cultura, malinterpretando las normas divinas. Esto se hace a menudo en forma artificial, al destacar algunos comportamientos abusivos que describe la Biblia. Lo que muchos no captan, es que la Biblia condena, al mismo tiempo, no sólo los viejos abusos, sino que ofrece también una crítica avanzada de nuestra sociedad moderna.

No nos apuremos a jactarnos con nuestra cultura de corrupción e incredulidad, porque no vamos a ir muy lejos con ella (Isa 24:1ss; 2 Tim 3:1ss, etc). Peor aún, los hombres de Dios estuvieron siempre en

pugna con la cultura de sus días. El mandato divino es: “No os conforméis a este siglo” (Rom 12:2). Pero muchos cristianos hoy se vuelven cada vez más acrílicos a nuestra cultura, y críticos a los claros testimonios de la Palabra de Dios.

En Gén 18 (véase 2 Ped 2:7-9), vemos que la cultura corrupta de Sodoma y Gomorra fue destruida. Repetidas veces descubrimos que otras sociedades encarnaron el mismo tipo de cultura, y fueron igualmente condenadas (Isa 1:10; 3:9, Jer 23:14 y Sof 2:9). Jesús y los apóstoles demonizaron algunas ciudades de sus días bajo los nombres de Sodoma y Gomorra (Mat 10:1-15; 11:20-24; Luc 1:1-12). En lugar de elogiar nuestra cultura moderna, anticiparon que sería como en los días en que Dios destruyó esas ciudades altivas de la llanura (Luc 17:18-20; 2 Ped 2:4-10; Jud 7). Lo mismo sucedió con la cultura social antediluviana, que fue destruida por Dios (Gén 6). Jesús y los apóstoles no describieron con buenos ojos esa cultura antigua, y la proyectaron de igual manera a la nuestra (Mat 24:38-39, etc).

La sociedad desquiciada de hoy rompe el esquema bíblico que Dios designó de sumisión de la mujer y los hijos a su marido y padre, de los miembros de una congregación a sus ancianos y líderes establecidos por Dios para representar su autoridad divina en la iglesia, y de los hombres en general a su cabeza que es Cristo. Nadie quiere sujetarse a nadie, mucho menos bajo dolor y sufrimiento. De esta manera rechazan al Hijo de Dios quien nos dio un ejemplo de sumisión a la voluntad de su Padre aún bajo sufrimiento, para salvarnos. Una cultura corrupta e indomable como la actual es semejante al cuadro desastroso del mundo antediluviano en relación al matrimonio, que Jesús puso como figura de nuestro tiempo del fin.

No le permitamos al diablo introducir en la iglesia la ruptura del orden que Dios determinó para nuestra sociedad humana, porque veremos sus consecuencias cuando será demasiado tarde. La reivindicación actual de la mujer como siendo presuntamente discriminada por no concedérsele el liderazgo eclesiástico es equivalente, en este sentido, al reclamo que hicieron Coré, Datán y Abirám por sentirse discriminados por Moisés y Aarón. ¿A dónde fue a parar tal queja de presunta discriminación? Bajo tierra (Núm 16).

¿Terapias de liberación o insubordinación versus terapias de sujeción o subordinación?

Todos los profesionales de la salud mental saben que las presiones que se vuelven cada vez más fuertes en la vida afectan la salud psíquica de la gente. Por tal razón, suelen ofrecer terapias de liberación. Pero por no conocer el evangelio, muchos de ellos ofrecen salidas a las crisis cuya liberación, si ocurre, es efímera, temporaria. La terapia espiritual de los evangelios es diferente. La paz de Jesús no es como la del mundo (Jn 14:27), externa, como la que aparece representada en el texto que describe el espíritu de los incrédulos: “comamos y bebamos que mañana moriremos” (1 Cor 15:31-32).

La liberación que ofrece la Biblia es una liberación del pecado, del remordimiento, de la angustia (Jn 8:32-36; Rom 6:14; 2 Cor 3:17; Apoc 1:5-6). No tiene nada que ver con una liberación de la responsabilidad social, comunal, familiar, conyugal. Por el contrario, tiene que ver con una liberación interior que permite ejercer el control propio y sobrellevar las cargas de la vida (Mat 11:28-30). En lugar de promover un escapismo irresponsable o una insubordinación al deber, la verdadera terapia espiritual de sujeción que ofrece la Biblia ayuda a prevalecer en medio de las batallas de la vida, sin quebrarse, sin sucumbir, sino permaneciendo estable ante toda circunstancia.

El problema del mundo es su incapacidad para distinguir entre una terapia de liberación del pecado y otra de una liberación presumible de toda responsabilidad o carga agobiante. La mujer no quiere aceptar el diseño divino para ella que la haga dependiente del hombre y de su familia (véase 1 Ped 3:6: “sométanse las mujeres a sus esposos, como Sara, quien obedeció a Abraham y lo llamó su señor”). Ellas no quieren cumplir feliz y fielmente su papel divinamente diseñado para la sociedad humana. Por esta razón el feminismo tiende a romper con toda “cabeza” o medio de sujeción, incluyendo la sujeción divina establecida en su ley, y que Dios proyectó para nuestra sociedad moderna. El resultado de tales criterios que son incompatibles con el evangelio es el típico caos de muchas sociedades modernas.

Tenemos mucho para decir sobre este tópico. Lo que traemos aquí a colación es, simplemente, una ventana que nos ayuda a ver un punto que a menudo se soslaya sobre la liberación femenina. Hay una liberación verdadera que todos podemos tener y debemos tener para nuestra salud mental, y esa liberación

nos capacita para llevar aún las cargas desagradables de la vida, para sujetarnos los unos a los otros en el espíritu del evangelio. [Acerca de la liberación bíblica, la antigua y la nueva, véase A. R. Treiyer, *Jubileo y Globalización. La Intención Oculta*].

El liderazgo eclesiástico y social en el antiguo Israel

Siendo que el apóstol Pablo habló del hombre como “cabeza”, “anciano”, “pastor” y “obispo”, corresponde aquí que consideremos el trasfondo bíblico de tal representación. Él se basó en el Antiguo Testamento para usar esos términos en relación con el liderazgo del pueblo. Así, *rosh* (cabeza) se emplea en el AT en relación con *tsaqen* (anciano), *nashi'* (jefe), *sar* (príncipe), *qasir* (gobernante), y hasta con *qohen* (sacerdote).

En este esquema, Dios es la cabeza principal o cabeza por excelencia sobre su pueblo, y hasta se lo representa como un “Anciano de edad” (Dan 7), que preside una corte de ancianos igualmente representados, ya que los ancianos actuaban como jueces antiguamente, juntamente con el rey (Sal 122:4-5; 1 Rey 12:6-8; Apoc 4-5). Por otro lado, los sacerdotes y cabezas de sus hogares y tribus son cabezas bajo Su Cabeza (véase 2 Crón 13:12: “Él [Dios] es nuestro *rosh*, Cabeza”). Este liderazgo social y eclesiástico del antiguo Israel, lo refieren los apóstoles Pablo y Pedro al liderazgo de la iglesia que cuenta con “ancianos” y “pastores” del rebaño, todos bajo el príncipe de los pastores o cabeza de la iglesia que es Cristo (1 Pe 5:2-4; Ef 1:22).

Entre los muchos ejemplos que podemos encontrar, citemos algunos.

Cabeza de una familia, clan, tribu o reino

“Estos son los jefes [cabezas: *rosh*] de las casas paternas. Los hijos de Rubén, primogénito de Israel: Hanoc, Falú, Hezrón y Carmi. Estas son las familias de Rubén” (Exod 6:14)

“Entonces los jefes [*nashi'*] de Israel, las cabezas [*rosh*] de sus casas paternas, presentaron una ofrenda (ellos eran los jefes de las tribus, los que estaban sobre los enumerados)” (Num 7:2).

“Y a diez príncipes con él; un príncipe [*nashi'*] de cada casa paterna de todas las tribus de Israel, cada uno de los cuales era cabeza [*rosh*] de familia de sus padres en la multitud de Israel” (Jos 22:14; véase 1 Crón 5:24).

“Llamó a todo Israel, a sus ancianos [*tsaqen*], a sus príncipes [cabezas: *rosh*], a sus jueces y a sus oficiales” (Jos 23:2).

“Entonces Salomón juntó en Jerusalem los ancianos [*tsaqen*] de Israel, y todos los príncipes [cabezas: *rosh*] de las tribus, los cabezas de las familias de los hijos de Israel, para que trajesen el arca del pacto del Eterno de la ciudad de David” (2 Crón 5:2).

“Y estos son los cabezas de sus familias, y genealogía de aquellos que subieron conmigo de Babilonia” (Esd 8:1; Neh 11:13, después del exilio).

“Los hijos de David eran sacerdotes (*qohen*)”, es decir, “cabezas [*rosh*] al lado del rey” (2 Sam 8:8; 2 Crón 18:17).

Cabeza sobre parte del pueblo

“Él será cabeza [*rosh*] sobre todos los que habitan en Galaad” (Jue 10:18; 11:8-9,11).

“Y escogió Moisés hombres capaces de entre todo Israel, y los puso por cabezas [*rosh*] del pueblo, como jefes [*sar*] de mil, [*sar*] de cien, [*sar*] de cincuenta y [*sar*] de diez” (Éx 18:25).

“Estos son los que fueron llamados de la congregación, los principales [*nasi'*] de las tribus de sus padres; ellos fueron los jefes [*rosh* (cabezas)] de las divisiones de Israel” (Núm 1:16).

“Entonces tomé a los principales de vuestras tribus, hombres sabios y expertos, y los nombré como dirigentes [*rosh* (cabezas)] vuestros, jefes [*sar*] de mil, de cien, de cincuenta, y de diez, y oficiales para vuestras tribus” (Deut 1:15).

“Escuchad ahora, cabezas [*rosh*] de Jacob y gobernantes [*qasin*] de la casa de Israel “ (Miq 3:1).

Aparentemente combinado con la idea de primero en una serie

“Ezer fue primero [*rosh*]” (1 Crón 12:9-10).

“Y he aquí, Dios está con nosotros a la cabeza [*rosh*], y sus sacerdotes con las trompetas de aviso para tocar la alarma contra vosotros” (2 Chr 13:12).

La posición de un hombre sobre otro pueblo

“Les dio un lugar a la cabeza [*rosh*] de los invitados que eran unos treinta hombres” (1 Sam 9:22).

“Sienta a Nabot a la cabeza del pueblo” (1 Rey 21:9).

Cabezas de un ejército (Deut 20:9; 1 Chr 4:42).

¿Unas pocas excepciones?

Aunque el término “cabeza” no aparece en la Biblia referida a una mujer, hubo algunas excepciones de liderazgo femenino en el pueblo de Israel. En el caso del reino, las únicas dos mujeres fueron usurpadoras, despóticas y sanguinarias. Se las recuerda en el canon bíblico en forma negativa. Fueron las infames Atalía y Jezabel.

Una tercera excepción relativa se dio en el período de los jueces, que se caracterizó por cierta anarquía entre las tribus (véase Juec 17:6). Bajo una situación tal, Dios se valió de diferentes personas para juzgar a su pueblo. Su nombre fue Débora, una mujer casada, a quien el pueblo venía a ver para resolver sus problemas. Es una excepción relativa porque no parece haber ejercido un liderazgo por encima del hombre, ni se emplearon los términos que consideramos más arriba para definir su ministerio. De hecho, la vemos llamando a Barac para pedirle, de parte de Dios, que juntase al pueblo y derrotase a Sisara (Juec 4).

Aún así, debemos recordar que la excepción no hace la regla. También David con sus compañeros comieron el pan sagrado cuando tuvieron necesidad y no había otro pan para comer (1 Sam 21:6; Mar 2:23-26). ¿Daría lugar un hecho tal, a que toda persona del pueblo comiese de ese pan sagrado y en forma regular?

Liderazgo eclesiástico y social en el Nuevo Israel

Los teólogos, en general, perciben que la estructura eclesiástica de la iglesia primitiva heredó la constitución de la sinagoga, con un cuerpo de ancianos que la dirigía. Incluso en Apoc 4, los 24 ancianos de la corte celestial se sientan en semicírculo, como lo hacían las cortes de ancianos en las sinagogas de cada ciudad. Y para el nombramiento de los cargos se usa la misma terminología del Antiguo Testamento, en especial el cargo de anciano. El término anciano parece atribuirse en ambos testamentos a todas las autoridades principales del pueblo de Dios.

El hombre como cabeza de su esposa y de su familia, y líder de la iglesia

Permítasenos decir aquí antes que nada, que la palabra griega “kefalé se encuentra más de 50 veces en contextos que se refieren a gente que tiene autoridad sobre otros y de quienes son la ‘cabeza’. Pero ni una vez adquiere el significado de ‘fuente sin autoridad’, como quisieren hacerle significar” (Grudem, 194).

“Esposas, *sométanse a sus propios esposos* como al Señor. Porque *el esposo es cabeza* de su esposa, así como Cristo es cabeza y salvador de la iglesia, la cual es su cuerpo. Así como la iglesia se somete a Cristo, también las esposas deben someterse a sus esposos en todo” (Ef 5:22-23; véase Gén 3:16: “Tus deseos serán para tu marido, y él se enseñoreará de ti”).

“Cristo es cabeza de todo hombre, mientras que el hombre es cabeza de la mujer y Dios es cabeza de Cristo” (1 Cor 11:3).

“Que [las mujeres de edad] enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser

prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, *sujetas a sus maridos*, para que la palabra de Dios no sea blasfemada” (Ti 2:4-5).

Los pastores cuidan el rebaño del Señor como lo hacían los antiguos pastores de Israel. Ellos son cabezas de sus familias que se sujetan a otra cabeza, la principal, que es Cristo (1 Pe 5:2-4). Es más fácil para la mujer sujetarse a su marido cuando éste se sujeta a su propia cabeza que es Cristo. Aún así, si un incrédulo consiente en vivir con su mujer respetando la religión de su esposa, es el deber de la mujer permanecer a su lado en toda humildad (1 Cor 7:13-15; 1 Ped 3:1). De la misma manera, el apóstol Pedro requiere también la sumisión a los ancianos de la iglesia, “porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes” (1 Ped 5:5-6).

En otras palabras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento el sexo no era una opción para liderar la iglesia. Este hecho no niega que las mujeres puedan hacer una obra maravillosa en muchas áreas de servicio. El apóstol Pablo menciona algunas de las buenas obras que las mujeres pueden hacer, y el sabio Salomón es más explícito aún al hablar de la mujer que todos reconocen como “bienaventurada” (Prov 31).

“Que tenga testimonio de buenas obras: si ha criado hijos, si ha practicado la hospitalidad, si ha lavado los pies de los santos, si ha socorrido a los afligidos, si ha practicado toda buena obra” (1 Tim 5:10).

El nombramiento de las autoridades de la iglesia: ancianos, pastores y obispos

No encontramos en el NT una distinción clara entre ancianos, pastores y obispos. Se distinguen los obispos de los diáconos (1 Tim 3). Pero no muy bien los ancianos de los obispos (“supervisores”), y pastores. Los ancianos gobiernan la iglesia (1 Tim 5:17; Tito 1:7; 1 Pe 5:1-2), enseñan la Palabra (1 Tim 3:2; 2 Tim 4:2; Tito 1:9), protegen la iglesia de los falsos maestros (Hech 20:17,28-31), exhortan y amonestan a los santos en sana doctrina (1 Tim 4:13; 2 Tim 3:13-17; Tito 1:9), visitan y ungen a los enfermos (Sant 5:14; Hech 20:35), y juzgan sobre doctrina (Hech 15:16). En otras palabras, el papel asignado por el NT a los pastores ancianos es de supervisión, liderazgo, cuidado de la iglesia local.

Hay que tener en cuenta que las congregaciones en la iglesia primitiva eran pequeñas, y se reunían usualmente en casas. La mención de obispos además de ancianos puede sugerir una responsabilidad mayor de los obispos sobre los ancianos locales. Porque era evidente que, a medida que pasase el tiempo, algunos pastores iban a tener que supervisar territorios más extensos.

La palabra “ordenación” es de origen latino y fue introducida por Tertuliano en el S. III. Se debe a él también la introducción del término Trinidad. Ambos términos son correctos porque, aunque no están en la Biblia, permiten identificar más fácilmente de qué se habla. Lo mismo podemos decir de otros términos que no están en la Biblia, como “milenio”, “encarnación”, pero que definen en una palabra lo que la Biblia enseña sobre el particular.

Era evidente que Tertuliano quería poder definir la imposición de manos de los líderes de la iglesia con un término latino. De manera que no tiene sentido discutir la nomenclatura, ya que el término no cambia nada. Porque nadie puede negar que la iglesia nombraba algunas personas para la obra pastoral, y que todos fueron hombres. Si de discusión se trata, es de su uso semántico.

En el AT, se llevaba a cabo la imposición de manos para muchas cosas (transferencia de pecado del pecador a la víctima, nombramiento para un cargo, sanamiento, dones espirituales, etc). El nombramiento de obispos y ancianos en el NT habla de un otorgamiento o transferencia de autoridad. Vemos lo mismo en el AT, cuando Dios requirió a Moisés ordenar a Josué como líder del pueblo por imposición de manos.

“Toma a Josué, hijo de Nun, hombre en quien está el Espíritu, y pon tu mano sobre él; y haz que se ponga delante del sacerdote Eleazar, y delante de toda la congregación, e *impártele autoridad* a la vista de ellos. Y pondrás sobre él parte de tu *dignidad a fin de que le obedezca toda la congregación* de los hijos de Israel” (Núm 27:18-20).

Este es el mismo propósito, entre otros, que tiene la imposición de manos en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, Pablo recuerda a Timoteo el momento en que recibió la imposición de manos para el cargo de “anciano”, al mismo tiempo que le dice: “Nadie tenga en poco tu juventud” (1 Tim 4:12,14). Notemos que Josué recibe una autoridad sin provenir de la tribu de Leví, porque no era hijo de Aarón, ni era sacerdote para officiar en el Tabernáculo. De manera que la autoridad que recibimos hoy como pastores del rebaño del Señor, por imposición de manos, no implica que pasamos a ser sacerdotes en esta dispensación, como lo eran antiguamente los hijos de Aarón. Josué, como nosotros, formamos parte del sacerdocio de todo el pueblo.

De nuevo, el género no es una opción. Así como en el AT, se concedía en el NT sólo a hombres el nombramiento de ancianos, obispos y pastores. Los sacerdotes del AT se organizaban de una manera semejante con ancianos como líderes y cabezas de sus familias y tribus (Luc 12:11; Hech 26:10,12). El hecho de que Dios nombrase hombres para el ministerio sacerdotal y civil en el AT, así como para el cargo de ancianos en sus familias y congregaciones, nos muestra que el sexo no era una opción en ninguno de los dos testamentos. Tanto los doce patriarcas como los doce apóstoles organizaron al pueblo de Dios según el modelo que provenía de la creación divina, donde todos actúan en sumisión a la autoridad designada por Dios desde el comienzo, siendo Dios mismo la cabeza suprema.

Falacia de quienes quieren abrir la puerta a la ordenación de la mujer

La Biblia habla del anciano, (no de la anciana), y declara que debe ser casado con una sola mujer (no con un solo hombre). De allí infieren algunos que eso no implica que pueda haber solteros o divorciados nombrados como ancianos (véase Mat 5:32). Pero van más allá y declaran que tampoco niega la posibilidad de que, algún día, la mujer pueda ser ordenada también. Aunque el apóstol es claro al decir que no permite que la mujer tenga autoridad sobre el hombre en el hogar y en la iglesia, y no por razones culturales sino por su constitución establecida por Dios en la creación (1 Tim 2:11-14 y 1 Cor 14:34-35).

Pablo no usó el argumento de la creación para requerir la sumisión en otros órdenes culturales o sociales de sus días, como lo fue la esclavitud que, en tiempos antiguos, servía en principio como un seguro social, y había de por medio obligaciones económicas temporarias. En la parábola de Jesús podemos ver que los amos confiaban a los siervos grandes capitales (Mat 25:14ss). (Trato esto en detalle en mi libro *Jubileo y Globalización. La Intención Oculta*).

Bajo tales intentos de hacer decir al texto justamente lo contrario de lo que dice, ordenemos entonces también a los homosexuales y a las lesbianas, porque ese pasaje no los menciona. Así razonan otros también, abogando por la ordenación al ministerio de gente con tal orientación sexual. A eso ya han llegado otras iglesias que nos han precedido, a pesar de que el apóstol es también claro en decir que los homosexuales no heredarán el reino de los cielos (Rom 1:26-27; 1 Cor 6:9-10). Los igualitarios en temas homosexuales acostumbran cambiar el significado y el contexto de estas declaraciones, de la misma manera en que lo hacen los igualitarios en temas feministas.

Algunos argumentan que la negación a la ordenación al liderazgo pastoral es explícita para con los homosexuales, mientras que la negación a la ordenación al liderazgo pastoral es implícita (si lo es) con respecto a la mujer. No entiendo, sinceramente, esa manera de razonar. ¿Dónde dice la Biblia que no se debe ordenar ancianos o pastores u obispos homosexuales? Esto se infiere de la declaración del apóstol Pablo que declara que los homosexuales no heredarán el reino de Dios. ¡Correcto! Pero notemos bien, la negación al liderazgo pastoral de los homosexuales es, estrictamente según esta manera de razonar, implícita, no explícita.

¿Dónde dice la Biblia que no se puede ordenar al ministerio pastoral a las mujeres? Como vimos más arriba, eso está implícito en las declaraciones del apóstol Pablo en relación al ejercicio de la autoridad en la familia y en la iglesia que compete al hombre. Y aunque para muchos nos puedan resultar tales declaraciones suficientemente explícitas como para no ordenar al ministerio pastoral a las mujeres, si se quiere ser demasiado riguroso con la lógica, puede admitirse que está tan implícito como el impedimento homosexual al ministerio.

Otra falacia aparece cuando algunos se ponen a destacar ciertas cualidades negativas de los hombres,

muy comunes en la actualidad, para afirmar que los hombres tampoco son aptos para el ministerio. Eso es verdad. El apóstol Pablo admitió en 2 Cor 2:14-17: “Para estas cosas, ¿quién es suficiente?” Pero respondió de antemano: “Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el aroma de su conocimiento... Pues no somos como muchos, que medran falsificando la Palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo”.

Si alguien quiere una lista de la degradación humana que habría en los últimos días, en especial el carácter violento y degenerado que se manifestaría en los hombres, no tiene más que leer los versículos de los profetas y de los apóstoles, y aún del mismo Señor (Rom 1:18-32; 1 Tim 4; 2 Tim 3; la epístola de Judas, etc). De manera que concordamos ampliamente con los que niegan la aptitud para el ministerio de esa clase de gente. Tales personas no son cabezas dignas de su hogar, y prueban por qué hay tantos hogares rotos y desolados. Es el producto de un corazón irregenerado que no acepta la cabeza que Dios quiere que tengan, y que es Cristo. Recordemos que no por ser hombres, todos son aptos para el ministerio. El apóstol Pablo dio calificaciones definidas que se requieren para que un varón sea honrado con esa responsabilidad.

También suelen algunos destacar las cualidades positivas de muchas mujeres, y cómo en la sociedad moderna hay mujeres que presiden hasta países. Pienso que debemos reconocer el papel de la mujer en la sociedad moderna. Nadie tiene para qué negar su capacidad para distintas ramas de servicio. Pero en el liderazgo eclesiástico pastoral, no es seguro fiarnos de lo que nos parece aceptable, sobre todo si Dios se expresó sobre el particular. Es nuestro deber respetar el diseño divino trazado para al hombre y la mujer. Porque demasiadas pruebas hay ya en la historia del cristianismo sobre la introducción de prácticas que al principio parecieron positivas, pero cuyos resultados fueron nefastos. Ya lo advirtió el sabio Salomón: “hay camino que al hombre parece derecho, pero su fin es de muerte” (Prov 16:25).

Estructura social y eclesiástica en ambas dispensaciones según el Espíritu de Profecía

Un artículo preparado cerca de un cuarto de siglo atrás por William Fagal, ex-director del Centro White en la Universidad Andrews, concluyó afirmando que E. de White nunca se pronunció sobre la ordenación de la mujer al ministerio pastoral. Aunque ella abogó por la activa participación de la mujer en la tarea de proclamar el mensaje adventista, y en varios ministerios de la iglesia, nunca requirió su ordenación como pastora. Ella misma tampoco recibió una imposición de manos para la obra pastoral.

Sin embargo, abogó en determinado momento por la imposición de manos para ciertos ministerios de médicos y mujeres esposas de pastores que hiciesen una labor de apoyo a la que lleva a cabo el pastor. Hasta aconsejó un salario a las mujeres que hiciesen esa tarea. Esto se ha estado cumpliendo a lo largo de los años con lo que llamamos hoy “instructoras bíblicas”.

E. de White mencionó en relación a un ministerio parcial tal, el “visitar los enfermos, cuidar de los jóvenes, y ministrar las necesidades de los pobres...” Pero advirtió: “En algunos casos necesitarán consultar con los oficiales de la iglesia o el ministro [pastor] ... *Esta es otra manera* de reforzar y edificar la iglesia” (RH 9 de julio, 1895; énfasis suplido). En otras palabras, la referencia de E. de White a cierta imposición de manos para otros ministerios que podían incluir a la mujer, tenían que ver con una especie de complemento o apoyo a la labor pastoral del ministro, no con el liderazgo pastoral, y debía hacerla en consulta con él.

El silencio de E. de White con respecto a la ordenación al ministerio pastoral femenino no da, sin embargo, lugar a promoverlo. En efecto, ella no guardó silencio en relación con la posición que tanto ella como las mujeres debían tener en la casa y en la iglesia, en apoyo y sumisión a las cabezas y líderes del hogar y de la iglesia, en perfecta armonía con lo que escribió el apóstol Pablo. Dios “requiere” del hombre “que mantenga su dignidad” como cabeza del hogar.

La mujer debe ceder a la cabeza, es su ayuda idónea o complementaria

“El marido es la cabeza de la familia, como Cristo es la cabeza de la iglesia, y todo curso que pueda

emprender la esposa para disminuir su influencia y rebajarlo de su posición responsable y dignificada que Dios determinó que ocupase, desagrada a Dios. Es el deber de la esposa ceder sus deseos y voluntad a su marido. Ambos deben ceder, pero en la Palabra de Dios se da preferencia al juicio del esposo. Y no le restará méritos a la dignidad de la esposa ceder a quien ella eligió ser su consejero y protector. El esposo debe mantener su posición en su familia con toda mansedumbre, pero con decisión” (RH, April 22, 1862 par. 9).

“Nosotras las mujeres debemos recordar que *Dios nos ha puesto en sujeción al esposo. Él es la cabeza, y nuestro juicio y puntos de vista y razonamientos deben concordar con el suyo, si es posible. Si no, la preferencia en la Palabra de Dios le es dada al marido en lo que no es asunto de conciencia. Debemos ceder a la cabeza” (Carta 5, 1861. {TSB 28.2}).*

“La obra de Dios requiere la labor más concienzuda, y el Señor quiere tener ministros estrechamente unidos con sus esposas en esta obra. El marido y la esposa pueden combinar su labor a tal punto que *la esposa sea el complemento del marido... Mediante su deseo desinteresado de avanzar la causa de Dios, la esposa ha hecho la obra de su marido mucho más completa” (6 MR 43 {PaM 76.3}).*

“Estoy tratando de ayudar a mi esposo a llevar sus cargas... Al principio la tarea no me resultaba placentera, pero he vencido mi falta de interés en ella. No siento más que el sentimentalismo deba entretenerse en toda nuestra experiencia de vida conyugal... Tuve por un tiempo que reflexionar fuerte y orar mucho para vencer mi debilidad de carácter, y llegar a ser, en algún grado, *lo que una mujer debe ser, una verdadera ayuda idónea.* No deseo ser llevada al pecado, como Eva [véase 1 Tim 2:14], sino que me apartaré del pecado, del orgullo y del amor a mostrarme [deseo de lucirme] apoyándome firmemente sobre Jesús, en las sendas silenciosas de la mansedumbre y humildad de corazón” (14MR 305.3).

Los líderes están “a la cabeza de la obra”

El hecho de que Jesús es nuestra cabeza suprema no significa que no podamos tener líderes “a la cabeza de nuestras varias instituciones” (The E. G. White appeal in 1901 for a reorganization of the GC, 4). “Satanás hace que los miembros de iglesia emprendan un espíritu de crítica a los líderes denominacionales a todos los niveles--excita los celos y la insatisfacción hacia los que están *en la cabeza de la obra” (5T 674).*

Cabeza, sacerdote y legislador de su propia casa

Prestemos atención al hecho de que en el sacerdocio de todos los creyentes, la cabeza y sacerdote de la casa es el padre, no la madre.

“El hogar es una institución de Dios. Dios designó que el círculo de la familia, el padre, la madre y los niños, debían existir en este mundo como una firma. *El padre debe actuar como sacerdote de su propia casa.* Es el que ‘liga la casa’ [house-band] ... *El padre debe estar a la cabeza de su familia, no como un muchacho indisciplinado y superficial, sino como un hombre con un carácter viril y con sus pasiones controladas” (10 MR 188).* “*Él es la cabeza de la familia y sacerdote de su hogar.* El sermón más poderoso que pueda darse al mundo incrédulo en recomendación de nuestra fe es una familia bien disciplinada” (PH 123.45).

“Todos los miembros de la familia se centran en el padre. *Él es el legislador...* Esta regla de conducta [que trata sobre el culto de mañana y tarde], cuando es llevada a cabo por el padre cuando está presente o por la madre cuando él está ausente, resultará en bendiciones para la familia” (AH 212.1).

Cada familia es una iglesia en sí misma

La posición que ocupa el padre en su hogar se equipara a la posición que puede ocupar en la iglesia, porque la familia es una pequeña iglesia. A la luz de lo que escribió el apóstol Pablo y de estas

declaraciones, se ve claramente que la mujer, tanto en el hogar como en la iglesia, ocupa un lugar importante como apoyo, sostén, ayuda idónea para las tareas de la iglesia pequeña y de la más grande.

“El hogar es una escuela donde todos pueden aprender cómo deben actuar en la iglesia...” (CG 549.2). “Cada familia cristiana es una iglesia en sí misma... El padre... es el sacerdote del hogar, responsable ante Dios por la influencia que ejerce sobre cada miembro de su familia” (3 SM 209.2). “El padre como un sacerdote de su casa, la madre como una misionera del hogar” (CCh 143.1).

“*La obra más elevada para una mujer es moldear el carácter de sus hijos según el modelo divino* [véase 1 Tim 2:15]. Ella debe ganar sus afectos, fomentar amor, porque con tales rasgos preciosos de carácter puede ejercer una influencia transformadora sobre el círculo familiar. Si ella tiene éxito allí, ha ganado la victoria. La sociedad sentirá su influencia en el comportamiento y dignidad moral de sus hijos. La iglesia la bendecirá porque ha educado y desarrollado los talentos que serán del más alto valor. Ella da a la iglesia hombres y mujeres que no vacilarán ante el deber por más duro que sea. Si las madres cristianas hubieran hecho siempre su tarea con fidelidad, no habría ahora tantas iglesias conflictivas debido a miembros indisciplinados. *Las madres están formando los caracteres que componen la iglesia de Dios.* Cuando veo una iglesia conflictiva, sus miembros tercios, violentos, altivos, con suficiencia propia, *no sujetos a la voz de la iglesia*, me inclino a pensar que sus madres fueron infieles en su entrenamiento temprano” (HR, Abril 1, 1880 par. 8).

“Está siempre el peligro de emprender una obra que el Señor no ha puesto en nuestras manos, y descuidar lo que nos dio para hacer y que honraría mejor su nombre” (14 MR 309.1). “*Junto a su esposo, Eva había sido perfectamente feliz en su hogar edénico; pero, a semejanza de las inquietas Evas modernas, se lisonjeaba con ascender a una esfera superior a la que Dios le había designado. En su afán de subir más allá de su posición original, descendió a un nivel más bajo. Resultado similar alcanzarán las mujeres que no están dispuestas a cumplir alegremente los deberes de su vida de acuerdo al plan de Dios.* En su esfuerzo por alcanzar posiciones para las cuales Dios no las ha preparado, muchas están dejando vacío el lugar donde podrían ser una bendición. En su deseo de lograr una posición más elevada, muchas han sacrificado su verdadera dignidad femenina y la nobleza de su carácter, y han dejado sin hacer la obra misma que el Cielo les señaló” (PP 42-43).

“El que se compromete en la obra del ministerio evangélico debe ser fiel en su vida familiar... Como sacerdote en el hogar, y como embajador de Cristo en la iglesia, debe ejemplificar en su vida el carácter de Cristo... Dios no se comprometerá con los pecados de los hombres que no tengan un claro sentido de la sagrada responsabilidad al aceptar una posición como pastor de una iglesia. *El que fracasa en ser un pastor fiel y criterioso en el hogar, seguramente fracasará en ser un fiel pastor del rebaño de Dios en la iglesia*” (6 MR 49).

El desarrollo de las formas de gobierno en la historia bíblica

“Dios mismo estableció la primera forma de gobierno sobre los hombres, y en la cual se lo reconocía a él como único Soberano. Él dio a conocer su voluntad al escribir mandamientos y revelaciones, mediante mensajes a sus siervos escogidos, por sueños, señales y maravillas. De haber estado satisfechos con su cuidado paternal, hubiera continuado como rey de ellos” (ST, July 13, 1882 par. 1).

En el Antiguo Testamento

“Al principio, *el padre fue constituido sacerdote y magistrado de su propia familia.* Luego vino el gobierno patriarcal, que era como el de la familia, pero extendido a un número mayor. Cuando Israel llegó a ser un pueblo separado, las doce tribus que provinieron de los doce hijos de Jacob, tuvo cada uno un líder. *Esos líderes, o ancianos,* se reunían doquiera debiese resolverse algo de interés general. *El sumo sacerdote era el representante visible de Cristo, el Redentor de su pueblo.* Cuando los hebreos se establecieron en Canaán, se nombraron jueces que se asemejaban a gobernadores. Esos gobernantes estaban investidos de autoridad para declarar la guerra y proclamar la paz para la nación; pero Dios era

todavía reconocido como rey de Israel, y continuaba revelando su voluntad a esos líderes escogidos, y a manifestar su poder a través de ellos... Pero el incremento de la población, y la mezcla con otras naciones, trajo un cambio. Los israelitas adoptaron muchas de las costumbres de sus vecinos paganos, y así sacrificaron en gran medida su propio carácter santo y peculiar” (ST, 13 de Julio, 1882, par. 2,3).

En el Nuevo Testamento

“Cuando Jesús concluyó su instrucción a los discípulos, juntó su pequeño grupo cerca de sí, y arrodillándose en su medio, y poniendo sus manos sobre sus cabezas, ofreció una oración dedicándolos a su obra sagrada. Así los discípulos del Señor fueron ordenados al ministerio evangélico” (DA, 296).

“Las circunstancias que llevaron a la separación de Pablo y Bernabé por el Espíritu Santo para una línea de servicio definida, muestra claramente que el Señor trabaja mediante agencias señaladas en su iglesia organizada” (AA, 162).

“La organización de la iglesia en Jerusalén debía servir de modelo para la organización de las iglesias en cada otro lugar donde los mensajeros de la verdad ganasen conversos al evangelio... Más tarde en la historia de la iglesia primitiva, cuando en varias partes del mundo muchos grupos de creyentes se habían formado en iglesias, la organización de la iglesia fue de nuevo perfeccionada, de manera que el orden y la acción armoniosa pudiese mantenerse” (AA, 91-92).

En relación con la ordenación de los primeros diáconos (Hech 6:1-6), E. de White *comentó* que “había necesidad de una nueva distribución de responsabilidades que habían sido llevadas tan fielmente por unos pocos durante los primeros días de la iglesia. Los apóstoles debían ahora dar un paso importante en el perfeccionamiento del orden evangélico en la iglesia, al poner sobre otros algo de las cargas llevadas anteriormente por ellos” (AA, 88-89).

“Vi que en los días de los apóstoles la iglesia corría el peligro de ser engañada y abusada por falsos maestros. Por consiguiente, los hermanos eligieron hombres que habían dado buena evidencia de ser capaces de gobernar bien sus propias casas y preservar el orden en sus propias familias, y quienes podrían esclarecer a los que estuviesen en tinieblas” (PE, 100-101).

“El apóstol dice, ‘no impongas las manos con ligereza sobre ningún hombre’ [1 Tim 5:22]. En los días de los apóstoles los ministros de Dios no se atrevieron a confiar en su propio juicio al seleccionar o aceptar *a los hombres* que asumiesen la posición solemne y sagrada como voceros de Dios. Ellos eligieron hombres cuyo juicio sería aceptado, y entonces los pusieron delante del Señor para ver si él los aceptaría para ir adelante como sus representantes. No menos que eso debe hacerse ahora” (4 T 406).

INDICE

Iglesia Católica Romana

Iglesias Protestantes y Evangélicas

Iglesia Adventista (posición bíblica)

Vulnerabilidad protestante múltiple

Autores conservadores evangélicos

Una tendencia a evitar el liderazgo varonil lleva al rechazo de toda clase de autoridad

Vulnerabilidad protestante a la eclesiología jerárquica católica

Los protestantes sienten la necesidad de una cabeza frente al secularismo en el mundo

Acusaciones mutuas

Dislocación o negación del pacto y el sacrificio de todos los creyentes

a) Los sacrificios espirituales de todos los creyentes en el Nuevo Pacto (1 Pe 2:5)

b) Los sacrificios espirituales de todos los creyentes en el Viejo Pacto (Exod 19:5-6)

La corrupción de los sacrificios espirituales

¿Por qué se vuelven algunos adventistas igualmente vulnerables?

Israel como primogénito

Confusión actual

¿Se requiere la ordenación al ministerio para recibir el derramamiento del Espíritu Santo?

¿Deben ser todos pastores para participar en el sacerdocio del Nuevo Israel?
Una vía a la desintegración y pérdida de misión
El resultado de no predicar más nuestros mensajes distintivos

Importancia del enfoque tipológico adventista en su proyección eclesiológica
Recuperación de la verdadera correlación tipológica del santuario

Estructura social y eclesiástica del Nuevo Israel según la Biblia
¿Igualdad? ¿Complementación? ¿Oposición o repulsión?
Vivimos en una cultura enferma
Crítica de nuestra cultura por el Hijo de Dios y los apóstoles
¿Terapias de liberación o insubordinación versus terapias de sujeción o subordinación?

El liderazgo eclesiástico y social en el Viejo Israel
Cabeza de familia, clan, tribu o reino
Cabeza de su pueblo
Aparentemente combinado con la idea de primero en una serie
La posición de un hombre sobre otro pueblo
¿Algunas pocas excepciones?

Liderazgo eclesiástico y social en el Nuevo Israel
El hombre como cabeza de su esposa y de su familia, y líder de la iglesia
Nombramiento de las autoridades de la iglesia: ancianos, pastores y obispos
Falacia de los que quieren abrir la puerta a la ordenación de la mujer

Estructura social y eclesiástica en ambas dispensaciones según el Espíritu de Profecía
La mujer debe ceder a la cabeza. Es la ayuda idónea o complemento de su esposo
Los líderes están “a la cabeza de la obra”
Cabeza, sacerdote y legislador de su casa
Cada familia es una iglesia
Desarrollo de la forma de gobierno en la historia bíblica
En el Antiguo Testamento
En el Nuevo Testamento